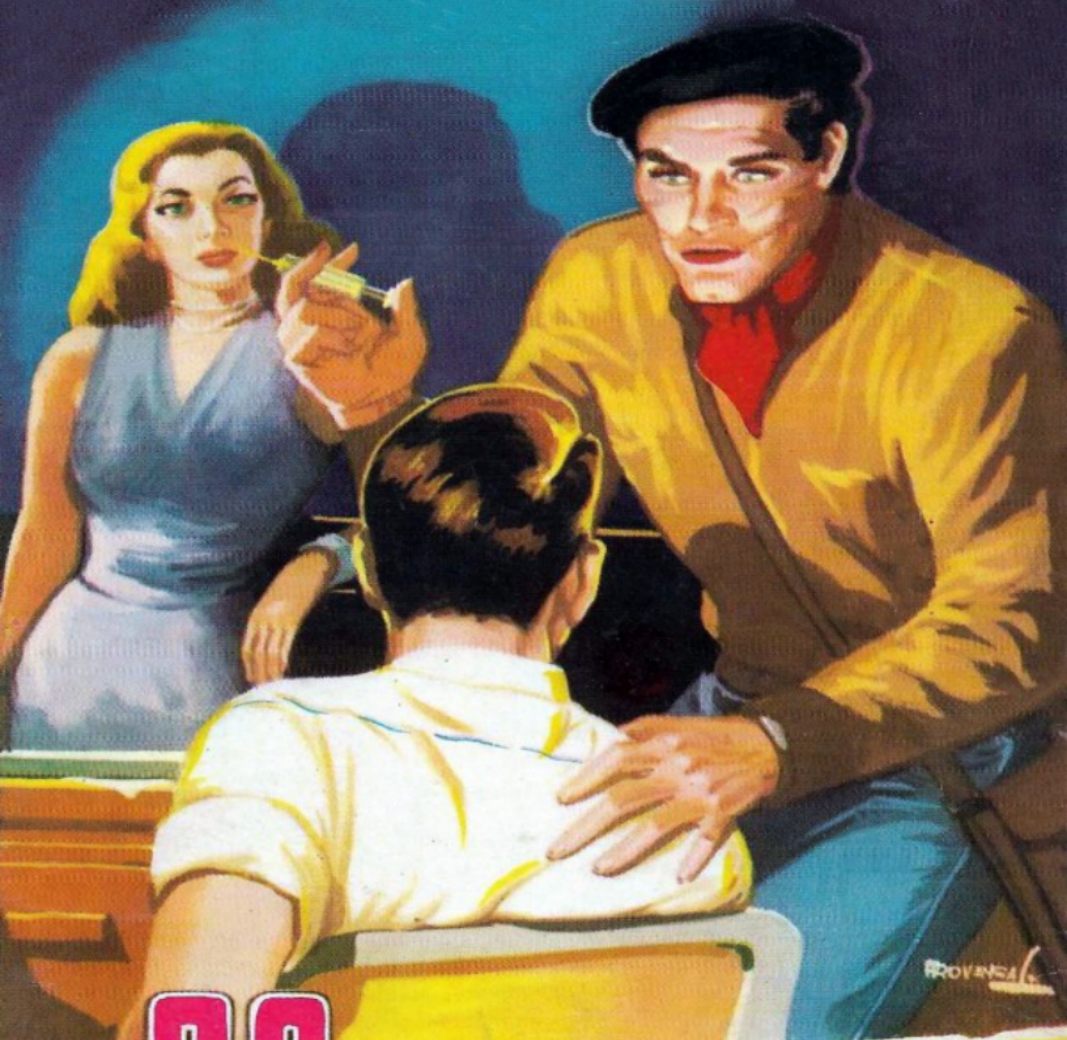




SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

"OPERACION CAIMAN"

PETER DEBRY

OPERACION "CAIMAN"

1.ª EDICIÓN
MAYO-1954



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA EDITORIAL

1 — La brigada de los suicidas. 4 — Sirenas tropicales.
6 — Los cuatro ases. 8 — El castillo de los ahorcados.
10 — Peces de platino. 12 — Gangsters en Casablanca.
14 — Valses tétricos. 16 — Los buitres negros. 18 —
En busca de una cabeza. 20 — La atómica en Hollywood.
24 — La bella del Bósforo. 26 — La isla corazón. 28 —
Los diablos del Artico. 32 — El pulpo humano. 34 — La
pequeña tonquinesa. 36 — Piratería moderna. 38 — Un
pistolero en el F. B. I. 40 — Dama Dinamita. 44 — Doc-
tor Borgia. 46 — Asesinatos en el Estadio. 52 — La
muerte lenta. 54 — Platillos volantes. 56 — Aviones sin
rumbo. 64 — El vampiro de Brooklyn. 66 — Cadáveres
ambulantes. 69 — Gongo Kong. 71 — Tiburones del Tri-
tón. 73 — Balas perdidas. 77 — Tobillos de oro. 80 —
Los muertos no mienten. 91 — La ley del machete. 93 —
Calavera de plata. 95 — Horas trágicas. 97 — La dama
de los Nenúfares. 102 — La fiera acosada. 104 — Cor-
sarios amfibios. 106 — Trágica apuesta. 108 — Los
evadidos de Cayena. 110 — La banda de la zarpa.
114 — El caso del caimán. 117 — Arsénico y estilete.
121 — La red del dragón.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en G. Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

Operación CAIMÁN

POR PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

Alrededor de los grandes hangares que constituyen el famoso mercado central parisino, las Halles, el laberinto de callejuelas es la sede de numerosos restaurantes y cabarets, donde la ausencia de todo lujo está compensada por los bien condimentados guisos y la diversidad de atracciones nocturnas.

«El canelo que fuma», «El caracol dorado», «Papá Barriguita», «Al cerdo sabroso», son tascas conocidísimas, donde a la hora gris de la sopa de pescado y cebolla, se ven reunidos, los parisinos noctámbulos, la bohemia soñadora y holgazana, y los «hombres fuertes» del transporte de las Halles.

Los cabarets van cerrándose, cuando van abriéndose los puestos de los mayoristas y llegan los camiones de provincias.

La animación saludable de los transportistas, contrasta con la macilenta indolencia de los noctámbulos y del personal de los bares, cafés y restaurantes, fatigados ya de atender mesas desde primeras horas de la noche.

Abd-el-Kader, el argelino propietario de «La Rich'goutte», solía tener una clientela fija y muy conocida por la policía. Su taberna no aspiraba a atraer clientes distinguidos, si bien en las semanas que siguieron a la liberación de París, al desbordarse el júbilo popular, hasta la taberna de Abd-el-Kader se favoreció con invasiones de alegres bebedores de ambos sexos, concurrencia que en época normal, nunca hubiera entrado allí.

En el pequeño mostrador, situado entre los toneles alineados a cada lado y cubriendo los tabiques, Abd-el-Kader retiraba por la abertura situada a su espalda, los platos solicitados, y la vaharada de la cocina le calentaba los lomos.

Pero aquella madrugada, el argelino, que había adquirido mucha práctica en deducir la posible clase social de sus clientes accidentales,

examinaba con recelo al solitario bebedor, que, media hora antes, se había instalado en el hueco, bajo la escalera de cinco peldaños que desde la puerta permitía descender a la sala.

Había pedido media botella de blanco, como un francés corriente y modesto. Hablaba un francés perfecto, matizado del acento ya popular en Francia: el acento yanqui.

Unos flemáticos y deportivos muchachos, vestidos de kaki claro y sedoso, encorbatados y pulcros, que llevaban el brazal con las dos mayúsculas, en torno a un bíceps muy desarrollado.

Unos muchachos poseedores de un entrenamiento especial en toda clase de recursos deportivos, desde la sencilla llave noble y leal de lucha, colocando la zurda en un hombro, y elevando con la diestra tras la espalda del recalcitrante, su muñeca, hasta los más desleales y escalofrantes golpes, que en unos instantes convertían en proyectiles, mesas, sillas, botellas y cuanto pudiera arrojarse, incluidos los clientes batalladores.

Y aquel cliente, tranquilo, reposado, sonriente, tenía muy escamado al argelino, porque a la tercera media botella de blanquillo, dirigía cariñosas miradas frente a sí, y no encontrando con quien dialogar, la emprendía con la botella, dedicándole mimos.

No había ley que permitiera al argelino expulsar del local a un pacífico cliente que sonreía cariñosamente, en sus monólogos con un frasco.

Pero la gran experiencia de Abd-el-Kader le presagiaba próximos y agitados momentos, cuando fueran llegando algunos de los habituales clientes, de carácter poco paciente.

En términos gráficos, aquel cliente solitario, era un «energúmeno en reposo». Físicamente, entraba en la categoría de los semipesados de pierna larga y delgada como un flexible acero, y la dinamita la almacenaba en el torso triangular, rematado por macizo cuello y juvenil semblante descarado.

Cabellos castaños, ensortijados, frente plana donde se marcaban duros los huesos frontales, ojos pardos, no alegres sino sarcásticos, nariz algo chata, labios firmes y barbilla con hoyuelo entre las dos mandíbulas que daban la impresión de pertenecer a un hambriento carnívoro.

Pero el bien alimentado yanqui, se limitaba a beber sin ganas, con la plena consciencia, deliberadamente temible, del que intenta alegrarse.

Unos zapatos de suela de crepé, calcetines de lana blanca, pantalón de franela gris, camisa a cuadros blancos y grises, y una cazadora de cuero, formaban con la pequeña boina francesa retirada a la coronilla, su atavío, que Sin poderlo razonar, Abd-el-Kader consideraba tenía reminiscencias militares.

Abandonó presuroso su barrera tras el mostrador, cuando el cliente que usufrutuaba todos sus pensamientos pesimistas, encorvando el índice derecho, le invitó a acudir.

¿Iba a pagar e irse? Una perspectiva risueña que se esfumó cuando el argelino, hundidas las manos en su delantal de cuero, oyó:

—Vamos por la espuela, patrón. Sigue la trayectoria de mi dedo, y allá donde marca la flecha, en aquel estante, hay un vaso alto que me tiene enamorado. Atención a las instrucciones, patrón: coges el vaso, le pasas por fuera y dentro un trapo que esté limpio por dentro y por fuera y colocas el vaso rutilante sobre el mostrador, para qué desde mi posición parapetada, te dicte las instrucciones referentes a las cantidades que habrás de verter en el vaso que nos ocupa. Te quedaré profundamente agradecido, si atiendes la señal tajante del índice en alto, que significará corte en seco del suministro primero, y así sucesivamente. Primer líquido: clarete Burdeos, segundo líquido, coñac seco, tercer aditamento, aguardiente Calvados, y como corona principesca, la blanca ginebra.

Los pardos ojos del americano, examinaron críticamente al tabernero ceñudo.

—¿Estás de mal humor, patrón?

Emitió Abd-el-Kader un suspiro de resignación antes de replicar:

—Tengo un establecimiento abierto para estar al servicio de los clientes, señor.

—Elige entre Luke y Ralston, para designarme en el futuro de nuestras relaciones cordiales. Verificadas las manipulaciones que te he indicado, me dirás si sobra algo de este billete, que deseo sea tuyo por completo.

Abd-el-Kader cogió el billete de mil francos que le tendía Luke Ralston, y volvió a suspirar regresando al mostrador: al menos pagaba por adelantado el candidato a la recia cogerza.

Limpió meticulosamente el vaso de un cuarto de litro de capacidad, lo colocó sobre el zinc, y fue alineando los frascos de Hennessy seco, ginebra y aguardiente Calvados.

Dirigiéndose al tonel marcado «Clarete Burdeos», pensó en la posibilidad de que la ingestión de aquella mezcla explosiva, derrumbara como un tronco abatido por el rayo, al joven yanqui.

Confiaba en el «calvados» de efectos contundentes por sí solo y que los bebedores de *whisky* no podían resistir.

Pestañeó cuando, al pasar tras el mostrador llevando el jarrillo con el vino, vio acodado en el zinc a Luke Ralston, que husmeaba el gollete de los tres frascos que acababa de descorchar.

Y en el rostro que mentalmente había calificado el argelino, como de «guapo ternerillo» se dibujó una mueca complacida.

—Eres honrado y escrupuloso, patrón. La ginebra no es agua bautizada, el coñac no es jarabe, y el Calvados huele a gloria. Yo mismo realizaré la operación, que llamaremos «chupinazo con espoleta graduada».

Empujaron la puerta, penetró una ráfaga de aire frío, y con ella dos

forzudos de las Halles, clientes conocidos. Fueron a instalarse en su mesita favorita que era un tonel en pie, y tras el saludo, Abd-el-Kader lanzó por la abertura hacia la cocina, el eco de las peticiones:

—¡Dos de sopa! ¡Dos de cabeza y patas!

Y fue a llenar dos botellas con el medio litro de tinto espeso, «le gros rouge». Le preguntaron si iban bien las cosas, asintió, y en voz más baja expuso:

—Si el del mostrador os hace alguna broma, sed buenos chicos. Es un yanqui, seguramente licenciado, y hay que ser condescendientes, ¿verdad?

Aprobaron con la cabeza los dos descargadores y regresó el argelino para recoger los dos platos de sopa. De soslayo, vio que el vaso donde los tres colores se fundieron a partes iguales, estaba en su tercio inferior.

Entraban tres transportistas, que fueron a una mesa y tras varios viajes, Abd-el-Kader pudo permanecer tras el mostrador, viendo cómo Luke Ralston depositaba mediado el vaso, donde ya había repetido la mezcla de los dos ambarinos distintos, con los dos blancos.

Abd-el-Kader invocó mentalmente al dios de los fieles de Mahoma, cuando a cada lado de Luke Ralston, se detuvieron dos uniformados, luciendo el brazal «M.P.».

—Hola, hola —saludó, alegremente, Luke Ralston—. ¿Hace fresco por París, el pecaminoso y perverso París de la Francia?

El policía militar galoneado de cabo, sonrió «cariñosamente»:

—Pasable, amigo. ¿Papeles?

Miró Ralston la diestra abierta y el argelino cerró los ojos. El avance de los labios de Luke Ralston coincidiendo con la hinchazón de sus carrillos, le hizo vislumbrar en prelude, un salivazo, y en continuación orquestal, una serie de ruidos discordantes anunciando roturas.

El cabo cogió el carnet que tendía Ralston, miró el abanico de varios compartimientos de mica y leyó la mención en mayúsculas azules que, en sentido vertical, cruzaba la hoja de licenciamiento:

«PSICOSIS DE GUERRA».

Devolvió el carnet, y ya no fueron dos policías con los músculos preparados a todo evento, sino dos amables atletas campechanos.

—Estás mejor aquí dentro, compañero —dijo el cabo—. Por fuera corre un taro que corta el forro del gorro. Pero has conocido peores brisas, compadre.

La diestra de Luke Ralston se proyectó con la rapidez de un zarpazo, asiendo por la corbata al cabo, que permaneció rígido, bajando las manos, que cerró en gruesos puños dispuestos a actuar.

Luke Ralston abrió su diestra, y palmoreó la mejilla del cabo.

—Perdona, general. No tienes tú la culpa de lo que me pasa... Pero traigo mala suerte a los que me llamaron «compadre», ¿sabes? Bueno, hasta otra y tan amigos, ¿no?

—Seguro, hombre, seguro. Hasta otra, y tan amigos.

Abd-el-Kader se frotó con el trapo el sudoroso rostro, reflexionando que la mentalidad yanqui era incomprensible. A un policía francés le cogen por la corbata y entran en funcionamiento los camilleros del más cercano dispensarlo...

Luke Ralston vació el resto del vaso y preguntó:

—¿Queda vuelta del billete, patrón?

—En paces, señor Ralston —sonrió, lo mejor que pudo, el argelino.

—Eso es, en paces, todos. Se acabó la guerra y hay que celebrarlo. Trae una persiana, patrón, y entra en caja este billete.

Cogiendo presuroso el nuevo billete de mil, murmuró el argelino:

—¿Una persiana?

—Estoy notando en usted cierta reticencia, honrado patrón. Trae el frasco de menta y no seas remolón.

Y se cumplieron los agoreros presagios del argelino, del modo más inesperado. La chispa fue, una palabra muy corriente...

Dos transportistas que, acercándose al mostrador, dispuestos a encargar un sólido desayuno, golpearon, el zinc, y uno de ellos, al empujar levemente a Luke Ralston, dijo:

—Perdón y excusa, compadre.

Turbios los pardos ojos, Luke Ralston abrió la mano colocándola en la cara del camionero, y empujó sin aparente esfuerzo...

El ademán de por sí, ofensivo, de matón, soliviantó al otro camionero, y puso furioso de exasperación al que, a tres pasos de distancia empuñó una silla por el respaldo, porque al gesto había añadido Ralston un comentario que era gasolina sobre fuego:

—Perdona y aguántate, compadre.

El más próximo movió los dos brazos y Ralston bajó repentinamente las dos manos abiertas y alzó una rodilla. El camionero experimentó los mismos efectos que si en sus antebrazos hubieran hincado dos remaches, y en su estómago el martillo pilón.

Habían sido dos golpes dados con el canto de las palmas, y un sencillo rodillazo. Pero aplicados con la precisión de un mecanismo calibrado en décimas de milímetro.

Abd-el-Kader corrió hacia las escaleras, mientras la silla manejada, por el camionero que acudía al ataque, se estrellaba en el mostrador.

Ralston había dado un paso a un lado y varió la postura de una mano, que dio de canto, pero lateralmente y en la garganta. Al mismo tiempo ascendió su diestra en gancho seco, conectando exactamente en la barbilla.

El otro camionero, medio abandonando su forzoso saludo, había cogido una botella, roto su fondo contra el borde y con el dentellado cristal empleado como arma infalible, embistió dirigiendo las aristas gruesas y cortantes hacia el rostro sarcásticamente crispado en mueca de deleite.

Fingió Ralston esquivar a un lado, el roto-fondo de botella siguió su movimiento y agachándose con felina rapidez, Luke Ralston colocó cabeza y codo bajo la entrepierna del otro, convirtiéndolo en jinete.

Un jinete sobre un potro bronco, indomable, cae al suelo. El camionero fue a abrazar una estantería tras el mostrador, derrumbándola a la vez que caía hacia atrás.

El puntapié del otro camionero, que estaba medio «groggy», no dio en la diana prevista, que era un golpe bajo. Ralston asió el tobillo, dio una vuelta en torsión y convirtió en carretilla al «compadre» que se encontró boca abajo, y apoyando sus manos abiertas sobre el suelo, con el cuerpo en ángulo agudo.

Quedó tendido, porque Ralston tuvo que soltarle los dos, tobillos al ir a chocar de costado contra el mostrador, de resultas del recio puñetazo administrado por un descargador de las Halles, que consideraba necesario igualar las fuerzas entre dos robustos camioneros franceses y el técnico en camorra.

Riendo satisfecho, Luke Ralston saltó para sentarse en el mostrador, cuando ya el descargador movía los puños como émbolos dirigidos hacia estómago y cara.

Las suelas de crepé describieron un corto tijereteo, cuya meta era la barbilla del forzado, que alcanzado por los dos punterazos, uno tras otro, retrocedió resoplando, velados los ojos por repentina nube...

Abandonando el mostrador, Ralston imitó al león en sus zarpazos, rugiendo en burla retadora a los dos que acudían en refuerzo de su amigo, que sacudía la cabeza para ahuyentar la nube levantada por el doble zapatazo.

—¡Este tipo quiere que lo despanzurremos! —gritó uno de los tres descargadores.

—¡Diste en diana, gorila! —exclamó, con siniestra jovialidad, Luke Ralston.

El semiarco formado por los tres hombrones, iba cerrándose hacia el que, adosado de espaldas al mostrador, emitió de nuevo unos rugidos grotescos, fingiendo arañar el aire.

A gatas, el camionero que no había ido a parar tras el mostrador, se abalanzó rodeando las piernas de Ralston, y los tres a la vez acometieron.

El volteo de los puños, imitó aspas de molinos impulsadas por un huracán. Gimió el abrazado a las piernas del energúmeno provocador, y gritó triunfalmente uno de los tres descargadores, al repetir su demoledor

derechazo al hígado.

Luke Ralston hacía girar el torso sobre la cintura, pegando y recibiendo, pero iba a cumplirse la profecía de uno de sus atacantes, porque los tres ya no eran yunques, sino martillos...

Abd-el-Kader acudía a paso de carga, tras los dos policías militares que había ido a llamar. El cabo hizo sonar su silbato estridente, mientras bajaba la porra de caucho en aviso complementario sobre un hombro, y su colega tomaba por blanco un cogote.

El tercer atacante pudo aún conectar un golpe al estómago, a cambio de recibir un gancho contundente.

Y Luke Ralston bañado el rostro en sangre, rio con salvaje deleite, cuando privado de la triple muralla humana que golpeando, le sostenía en pie, se desplomó de bruces, quedando completamente «k.o».

Los contusos empleados de las Halles, empezaron a hablar todos a la vez, y al coro se unió Abd-el-Kader reclamando el pago de su estantería derribada...

El cabo y su acompañante, alzaron por los sobacos a Luke Ralston, llevándole hacia la escalera y en un francés macarrónico, manifestó el primero:

—Presentar vosotros denuncia a comisaría, donde llevar nosotros muchacho que provocó pelea. Seguid los que poder seguir. Patrón atender muchachos estropeados.

Arrastrando los pies, Luke Ralston era llevado hacia la comisaría del distrito del mercado. Estaba completamente fuera de combate porque a los efectos de la paliza recibida, había que añadir el mazazo con «espoleta retardada» contenido en el medio litro de mezcla explosiva, ingerida tras numerosas libaciones de vino blanco.

CAPÍTULO II

El acre olor a amoníaco, reforzaba los masajes sobre la nuca, y por fin el practicante, anunció a los dos policías que esperaban:

—Ya tienen hombre. Podrá oír, y en cuanto a declarar, eso...

—Es cuenta nuestra.

Se despidió el practicante, tras cerrar su maleta, botiquín y en la sala de interrogatorios entró el sargento de guardia.

Luke Ralston, sentado en el banquillo contra la pared, movió los labios, frunció la nariz, y pestañeando, se pasó las manos por la cara parcheada con esparadrapo sobre apósitos y por fin, intentó ponerse en pie.

Volvió a caer sentado y abriendo las extendidas piernas, comentó convencido:

—He vuelto a pillar una túnica japonesa.

—Francesa, ciudadano —gruñó el sargento.

—De acuerdo, de acuerdo, y «¡vive la France!» —farfulló Luke Ralston, intentando de nuevo ponerse en pie, inútilmente.

—Podrá escuchar igualmente sentado, Ralston. Lo han traído dos miembros de la policía militar de su nación, ya que siendo usted licenciado, está bajo la jurisdicción francesa, en calidad de transeúnte. ¡Y vaya transeúnte!

—¡Vaya! —aprobó Ralston, palpándose ahora la nuca.

—Han declarado seis testigos, que coinciden en afirmar que usted inició la pelea, pegando al que le pedía excusas por haberle rozado sin querer. El dueño de la taberna, reclama daños y perjuicios, y tres de los declarantes, también, porque durante algunos días no estarán en condiciones de trabajar. Ahora le toca a usted, efectuar su declaración.

—Oiga, jefe, yo me reconozco convicto y confeso —tartajeó Ralston, cuyos párpados tenían la misma dificultad que sus piernas en adquirir la elasticidad normal—. Sean buenos chicos, y denme un permiso de cuatro horas para roncar a fondo. Después, cúmplase la ley.

El sargento de guardia miró a los dos otros agentes, uno de los cuales sonreía benévolo, porque el estilo declaratorio del «energúmeno», allanaba la tarea de la indagatoria preliminar.

Luke Ralston apoyó la barbilla tumefacta sobre el pecho magullado, y abandonó mentalmente la estancia, profundamente dormido, al evaporarse de sus fosas nasales el amoníaco.

—Debería ordenar que metieran bajo la ducha al ciudadano Ralston, pero tiene un carnet que le da derecho a cierta consideración. Pagaré los

platos rotos, pero ahora que ronque. Ya le dará un mal despertar el comisario Lucetti. Llevad al ex combatiente que no se resigna a ser «ex», a la celda acolchada, por si se pone retozón al despertarse.

El sargento de guardia convocó a los testigos válidos, para que ratificaran sus declaraciones, a las once de la mañana, en careo con el inculpado Luke Ralston.

A las once menos diez, dos policías vinieron a despertar a Luke Ralston, que tendido boca abajo en el duro camastro, dormía beatíficamente.

Pero cuando una mano se posó en uno de sus hombros, con la inocente intención de sacudirle para despertarle, Luke Ralston efectuó tres movimientos, que coincidieron con otros de retroceso en el policía ya prevenido.

Primero apoyó las manos en el suelo, después salió proyectado hacia atrás por su propia voluntad y por último, presentó las manos abiertas y el busto adelantado, en acometedora postura.

Vio los uniformes, el acolchado de las paredes, y la puerta de hierro con mirilla enrejada, y bajando las manos, dejó de ser un muelle con resortes a punto, para convertirse en un joven atleta guasón.

—Buenos días, buenas tardes, o lo que pertenece. ¿En qué puedo serles útil, señores?

—Tiene que ir a declarar, ante el comisario Lucetti.

—Vamos allá.

Un policía abrió la puerta, y el otro permaneció a la espera. Luke Ralston recogió su americana, y con paso algo titubeante se dirigió al pasillo.

El reciente despertar, había sido un reflejo instintivo muscular, pero le siguió otro reflejo estomacal, recordándole que no había desayunado y desde la cena había ingerido mucho líquido, y nada sólido. Abierto un rastrillo, siguió al que le precedía hasta un despacho, donde al entrar sintió un repentino mareo, que le hizo apoyarse en el respaldo de una silla.

Aquellos sibaritas de franceses, tenían la mala costumbre de tomar olorosos «croissants» crujientes con el «café creme». Un desayuno vulgar para un francés corriente, pero equivalente a manjares del Olimpo para un hombre con «resaca», que no era un dipsómano vicioso, sino un saludable bebedor circunstancial.

Generalmente, el comisario corso Antoine Lucetti, personificaba el ogro severo. Seguía teniendo aspecto de gigante malhumorado, pero dijo:

—Buenos días, Ralston. Dé vuelta a la silla, siéntese y desayune. Paga Francia.

Luke Ralston sonrió abiertamente, encajando la silla entre sus piernas y por encima del respaldo, asió el plato donde reposaba el tazón que fue

succionando con golosa avidez.

Lucetti empujó con dos dedos el aire y el agente expectante, abandonó el despacho. Una cortina se movió un poco a un lado del despacho, pero Ralston no lo percibió, porque en aquel instante, todo el horizonte para él, estaba representado por el comisario, y en primer plano el crujiente par de medias lunas alimenticias.

Al minuto y medio, saboreado el último sorbo, Luke Ralston dijo sinceramente:

—Gracias, jefe. Y ahora venga la bronca. ¿Tengo que ponerme en pie?

—Da igual. Se trata solo de aclarar un punto como exordio: ¿Cree usted que este desayuno a cargo del contribuyente francés, le pertenece legítimamente, por haber sido uno de los miles de liberadores del suelo francés?

—Palabra que no me merezco el desayuno ese, pero la verdad es que me ha puesto nuevo, jefe.

—Ha puesto usted también nuevo el establecimiento de Abd-el-Kader y la anatomía de varios ciudadanos tranquilos.

—Creo que, en efecto, me puse algo tonto.

—¿Lo cree tan solo? Usted habla un francés perfecto, y por lo tanto podemos ser claros —y el comisario inculcó mayor dureza a su tono al añadir:

—Se portó esta madrugada cómo un grosero sujeto de los que en Francia llamamos «vrai de vrai», la equivalencia del matón poco simpático.

Se mojó Ralston los labios, tragó saliva, y por fin admitió:

—De acuerdo, jefe.

—Comisario Lucetti nada más. Y pasemos a los hechos: declara Joseph Leduc, camionero, que sin querer le rozó al acercarse al mostrador de «La Rich'goutte». Que le pidió perdón y usted correspondió empujándole de un manotazo en el rostro. ¿Es cierto?

—Cabal. Y después invité a los demás a compartir el jolgorio. Y acabo de levantarme en una celda. Entre el momento en que respondí con manotazo a Joseph Leduc, y tomé parte activa y principal en la pelea a que provoqué a los que por allí estuvieran, y ahora, me toca pagar factura de cuanto sucedió.

—Comprendo. Pagará usted porque tiene dinero sobrante y cree que saldrá a la calle tan campante.

—No creo nada, comisario.

—El atestado pasará al juez, y en espera de la sentencia, usted será encarcelado.

—Qué le vamos a hacer...

—Si da por buenas las reclamaciones hechas en las denuncias, no es preciso el careo.

—Un momento, jefe. Me reconozco culpable del motín, pero por si acaso, y si tengo derecho, quisiera echar un vistazo a lo que declaran los ciudadanos perjudicados.

Tendió Lucetti unas hojas mecanografiadas, y tuvo Ralston que ponerse en pie para acercarse y cogerlas. Leyó primero la declaración de Abd-el-Kader, que terminaba reclamando veintiocho mil francos por estantería, botillería y sillas rotas.

Los demás eran muy breves. Gastos de atenciones médicas, y pago de los días que estuvieran sin trabajar, tres de ellos. Los otros dos, se limitaban a coincidir con lo declarado por los restantes, sin pedir indemnización.

—Buenos chicos —admitió Ralston, dejando sobre la mesa, la copia de las declaraciones—. Tengo cuenta corriente en...

—A su debido tiempo, Ralston. Y ahora solo a título informativo, quedando usted libre de contestar o no, ¿cuál es su profesión?

—Atracador cesante.

—Una, respuesta cínica, si se refiere usted a sus hechos de armas, en la guerra del Pacífico y en su contribución a la Resistencia en suelo bretón.

—Le suena a cínica, pero no ha sido mi intención. Es que recordaba a un amigo... que murió acribillado, en el suelo bretón... Tenía ratos de buen humor, y decía que el planear sabotajes, ataques a coches, dinamitar y todo eso y tal, le hacía gracia, porque debía tener mentalidad de «gangster». Bueno, jefe, deme el permiso para largarme, porque lo que no tiene remedio, no se remedia hablando.

—Antes de la guerra era usted corresponsal y representante de una casa francesa en Jefferson City, como consta en su documentación, que le será devuelta al salir de la cárcel. Repetidamente, la casa en cuestión, le ha ofrecido readaptarse, doblándole sueldo y cifra de porcentaje en comisiones. Usted se ha negado rotundamente.

—Ahí está el quid. Si vuelvo a la normalidad, si hago vida de relación, encontraré gente buena, y mi gran defecto es coger pronto amistad. Y traigo mala suerte... Matan a mis amigos delante de mis narices, y yo sigo en pie... Bueno, tonterías... ¿Puedo largarme, jefe?

—Buenos días, Ralston. Al otro lado de la puerta, encontrará el par de agentes que le reintegrarán a su celda, en espera del traslado. Le ruego domine sus instintos belicosos durante el tiempo que le impongan de encierro. ¿Me lo promete, Ralston?

—Palabra, jefe —y Ralston, para dar mayor validez a su afirmación, arqueó el índice y el pulgar, y en el aire, dio un toque parecido a un pinchazo de inyección.

Salíó y por la puerta que mantenía abierta un policía, le vio el comisario, alejarse dócilmente, entre dos agentes seleccionados por su robustez técnica.

Se levantó Lucetti, fue a cerrar, y regresando a la mesa, miró al que acababa, de apartar la cortina que ocultaba el acceso al vecino despacho, y se aproximaba.

El comandante de Estado Mayor, Harold B. Mattison, perteneciente a la Oficina Mixta, que coordinaba los servicios secretos inglés, francés y estadounidense, repicó sobre su pitillera un cigarrillo, mientras Lucetti encendía su «gauloise».

—Bien, señor comandante, ya he atendido su petición, y he verificado un examen psicológico de su ex subordinado. Usted al recibir el parte de novedad sobre las incidencias relacionadas con cualquier ciudadano norteamericano, se dignó venir para solicitar que Luke Ralston pasara a mi presencia, y usted pudiera oír sus respuestas, a cualquiera de mis preguntas. Le notifiqué que con toda mi admiración por los héroes, mi atestado sería dado de acuerdo con la ley porque vivimos un ambiente de confusionismo, y abrir la mano puede ser perjudicial a los efectos de buena confraternidad entre nuestras mentalidades.

—Tampoco en Nueva York, permitiría la policía que un ex héroe francés, se comportara como un grosero rufián, señor comisario.

—Gracias. Usted es un caballero, y no aludió una sola vez al hecho muy real, de que por la actuación de jóvenes energúmenos como Luke Ralston, Francia quedó libre de la opresión enemiga.

—Tampoco Ralston ha hecho la menor alusión.

—Porque tiene un excelente fondo, y no es un rufián pendenciero. Bien, usted me dijo que para no influenciar mi personal opinión, no me explicaría el drama íntimo de Luke Ralston. Sé ya que es un hombre cabal, que reconoce sus culpas, y acepta los reproches. Sé que fue citado repetidamente en las operaciones de asalto a los islotes japoneses, con mención de «valentía suprema y arrojo temerario». Sé que perteneció provisionalmente por unos meses al Servicio Secreto y que liberado París, lo licenciaron por «psicosis de guerra», un diagnóstico elástico, que va desde trastornos mentales pasajeros, hasta ataques de demencia vesánica.

—La psicosis de Luke Ralston es elemental: rehuía toda amistad con sus compañeros de sección, que extrañados, lo llegaron a considerar un sargento «Malacara».

—Y esta madrugada, porque le rozan un hombre, estropea la anatomía de tres forzudos de las Halles.

—Perdón si le corrijo, comisario. Lo que sacó de quicio el seso flotando en alcohol de Luke Ralston, fue esto —y el comandante Mattison apoyó el índice bajo una frase que figuraba en la declaración del camionero Joseph Leduc.

Inclinado sobre el papel, leyó en voz alta el comisario:

—«... y le dije: «Perdón y excusa, compadre».

—Compadre, es un término vulgar, pero a Ralston le recuerda a sus dos mejores amigos, los que forjaron la sólida trabazón amistosa que solo nace en los campos de batalla, en el compartir el riesgo constante. Nuestros «marines» que equivalen a sus legionarios, cuando se daban amistad, en los momentos de peligro, solían llamarse así: «Compadre». El vio morir sucesivamente y de trágica manera a dos amigos. Y este es el humano problema de Ralston, que se puede compendiar diciendo que encontró a la vez la verdadera amistad y la emoción del riesgo, de la aventura. Y su sensibilidad, le hace temer contraer nuevas amistades, mientras que al acabar una misión sin haber hallado la muerte, se siente impulsado a beber.

—No discuto la sensibilidad de Ralston, pero tengo por oficio procurar proteger a los ciudadanos. Además, yo creo que el remedio es sencillo: una novia, la vicaría, procrear, y este es el calmante ideal.

—De regreso de una misión arriesgada en la que vio morir a su último amigo, Luke Ralston iba consolándose, porque había encontrado amor en Beatrix de Laroche, agente del servicio secreto. El segundo día de su estancia en Londres, en un bombardeo aéreo, ella quedó muerta antes de alcanzar el refugio.

Hizo Mattison una pausa y añadió:

—La metralla que mató a Beatrix de Laroche, dejó ileso a Luke Ralston, que la acompañaba. Hace de eso unos siete meses.

Antoine Lucetti, el «mal bicho» para el hampa, se rascó la mejilla, examinó el extremo de su colilla y por fin inquirió:

—Durante estos siete meses, ¿qué hizo el muchacho?

—Cinco los empleó en acumular menciones de «arrojo temerario», tras negarse a continuar en el servicio secreto, y al ser licenciado, pues... ha tratado de volver a la normalidad, aunque no pretendo excusarle en su culpable delito por el que ha de pagar.

—Y pagará. Una suma total de cincuenta mil francos, si no hay complicaciones. Expondré mi opinión al juez que instruirá el expediente, y... ¿cómo se lo entrego, señor comandante? ¿Envuelto en papel celofana, o en almacén de hormigón armado?

—Gracias —sonrió Mattison, tendiendo la diestra—. Usted es comprensivo.

—Acaricio esta ilusión. Voy a firmar la orden de libertad, y que envíe los cincuenta mil francos, cuando usted reciba la comunicación judicial. Puede ya llevarse a su muchacho.

—¿Puedo suplicarle un favor más, señor comisario?

—El vicio está en dar, señor comandante. Diga.

—Hágalo trasladar por dos de sus más discretos agentes, al calabozo que le destino en los sótanos de mi oficina. Ya le he oído reaccionar ante usted y ahora me queda comprobar cómo reaccionará ante mí.

—Con la misma nobleza de «gangster» heroico. Le llamaré «jefe», y todo eso, y tal... —sonrió Lucetti.

—Lo dudo, porque he nacido en Boston.

—¿Qué tiene que ver que no hayan nacido los dos en Nueva York?

—Es que pertenezco a familia orgullosa de Boston, donde de por sí, son algo reservados sus nativos. Y yo para los «marines» de la sección de choque, era un «papelero», es decir, el que escribe a máquina, los embarques hacia objetivos. De todos modos, no me equivoco. Luke Ralston podrá parecer un camorrista guasón, pero es un noble muchacho. Agradecido, señor comisario.

Antoine Lucetti, al abrir la puerta de su despacho, hizo una cortés reverencia y exhibió su especial humorismo:

—Agradecido yo, señor comandante, porque ahora ya conozco la diferencia entre un repulsivo «gangster» profesional, y un joven energúmeno, «gangster» heroico. Buenos días, señor comandante. Antes de media hora, tendrá a su disposición a Luke Ralston.

CAPÍTULO III

Desde una puerta a un patio, en que esperaba un coche furgoneta, desde cuyo banquillo, pasó Ralston a examinar otro patio sombrío, y desde otra puerta sólida, un pasillo, unas escaleras y rastrillos, y pasó por fin, a otra celda.

Todo igual, salvo que la nueva celda, aunque estuviera acolchonada en su interior, era más cómoda. El camastro poseía un mullido colchón, y había lavabo, mesita y dos sillas.

Se tendió de espaldas sobre la cama, cruzadas las manos bajo la nuca, confortado por el reciente almuerzo opíparo que le fue servido en la celda de comisaría del distrito de las Halles, por un celador que dijo tan solo:

—«Paga Francia, joven».

—Lo agradece Luke Ralston, abuelo. Y gracias al jefe, bueno al comisario Lucetti.

Había buena gente por el mundo, hasta en la policía, pensó, pretendiendo ser cínico, a tenor de la fórmula: «Lo que no mata, endurece».

Dejó de silbar al abrirse la puerta y sus cejas adquirieron forma de acentos circunflejos al reconocer al que entraba.

Continuó tendido, diciendo:

—Buenas tardes, señor Mattison. Espero tendrá la gentileza de consentir que le reciba en «deshabillé» tumbón, pero un ex sargento tiene libertades. Tome asiento, señor Mattison y expóngame sus pegas. Veremos de resolverlas.

Harold B. Mattison, al sentarse, alzó un poco las perneras de su bien planchado pantalón kaki, y rectificó el ajuste de su guerrera de comandante de Estado Mayor, sabiéndose observado con malévolo júbilo por su ex subordinado.

—Buenas tardes, señor Ralston. ¿Qué tal de salud?

—Salvo pequeñas pupitas, estoy boyante, señor Mattison. ¿Será chabacana mi pretensión de inquirir a qué debo el honor de su visita distinguida, señor Mattison?

—Charlar un poco, a la llana.

Incorporándose, ladeó Ralston las largas piernas y quedó sentado al borde del camastro. Declaró, sonriendo incisivamente:

—Su rutilante guerrera me cohibe, porque cuando empiece usted a hablar de borrachos, matones, y todo eso y tal, tendré que recordar que luce usted una guerrera honrosa.

Harold B. Mattison se puso en pie, desabrochó el cinto y empezó

parsimoniosamente a quitar de sus ojales los botones de la guerrera de abiertas solapas.

Riendo con deleite, Luke Ralston inquirió con mala intención:

—¿Va a tomarse una ducha, temperatura dieciocho grados, señor Mattison?

Dejando la guerrera sobre la mesa, Mattison replicó, sonriente, con otra pregunta:

—¿Vamos a comportarnos como dos malos bebedores, Ralston?

—Ah, ah... ¿También empina usted el codo, comandante?

—Siempre que puedo y me lo permite el servicio, Luke.

Luke Ralston encogió los hombros, en ademán impaciente.

—Venga, jefe, no se ponga a mí poca altura y desembuche. Usted no tuvo la culpa de nada. Usted, cuando llegaba el caso, se jugaba el bigote como cualquiera.

Sien, está bien... De acuerdo, usted gana, he arrastrado por los suelos el estandarte del espíritu combativo en finalidad estúpida, puesto que me peleé con gente buena. ¿Está ya conforme en ponerse la guerrera, jefe?

—Si usted lo desea, gracias, sargento —replicó el comandante, volviendo a colocarse la guerrera.

—¡Y un cuerno! ¿Sargento, de qué? Soy un ciudadano del mundo, y «¡vive la France!» o «¡evviva l'Italia!», si allá me largo.

—¿Ha pensado usted en una cosa, sargento Ralston?

—En muchas, y la principal, señor, es que no soy sargento.

—Es lástima que no se percate usted de que es un cobarde.

Luke Ralston agachó la frente, crispando las mandíbulas y resollando entrecortadamente, miró al que le miraba con severidad.

Replicó Ralston, despacio:

—Oiga, comandante, ¿usted, qué quiere? ¿Qué me fusilen por bailar un «bugui» sobre los restos mortales del señor Harold B. Mattison?

—Lo que quiero es hacerle razonar, y que usted mismo compruebe que es un cobarde.

—¡Y dale!

—Sí, «y dale al molinillo», que también hablo argot, cuando se tercia. Usted es un mal bebedor.

—Bebo amargo.

—Porque usted, que se ha comido crudos a muchos caníbales, es incapaz de vencerse a sí mismo, vencer su miedo. Porque ya no recuerda lo que decía uno de mis mejores hombres. Decía que luchaba con coraje, porque así perdía el miedo a vivir arrastrando penas. Pero luchaba por una buena causa, aquel gran combatiente.

El rostro que plasmaba burla y agresividad, fue enserieciéndose, y Luke Ralston volvió a sentarse, mientras recordaba:

—Eso decía mi compadre Barry Morgan.

—Y por eso nunca peleó con empleados de mercado, borracho, desde que sabía que todo su empuje lo destinaba a un fin útil a la humanidad.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Y a dónde vamos a parar? ¿A que vuelva a vender perfumes? «¡Oh, madame! huela usted el extracto de coliflor prensada para sus batas de cocina...»

—Nuestro servicio secreto tiene pocos agentes, Luke.

—Yo no sirvo para caimán; se lo dije ya en Londres, señor. Eso de meterse en el barro, abrir la boquita y esperar a que caigan incautos, no me place.

—Le voy a hablar de unos incautos, amigo caimán. Unos individuos de nuestra tierra, malos soldados, malos corazones, que se licenciaron o desertaron, y que no tienen psicosis agresiva de resultados de la guerra, sino que su agresividad es solapada, canallesca, impropia de hombres. ¿Un pitillo, caimán?

—Vamos a ello, jefe.

Tendió Mattison la pitillera y después el mechero. Ralston cogió un cigarrillo y en señal de paz amistosa, tomó el mechero, presentándolo a Mattison.

—Me gusta demostrar que soy un chico bien educado, cuando estoy charlando con un señor digno de tal membrete. Estábamos hablando de ciertos sujetos...

—Los cuales sí que merecen el calificativo de caimanes, en el sentido repulsivo, porque son de los que esperan fauces abiertas, explotando comercialmente el, barro. Le expondré el ambiente en que operan. Se valen del confusionismo existente, en el que so pretexto de revancha, se confunde una labor de estricta justicia, en un laberinto de pasiones privadas, de venganza particular.

—Oiga, jefe, usted sabe que yo no soy un cerebro superdotado. ¿Me lo pone más asequible?

—Son constantes las denuncias por «colabó», que es como llaman los parisinos, a los que tuvieron relaciones amistosas con los alemanes. Hay gente que se limitó a aceptar una invitación de un militar alemán, soldado como nosotros y teme verse lapidada por pílles callejeros. Se esconden, esperando vuelva la completa normalidad. Y tenemos indicios de que existen bandas de americanos como nosotros, que se dedican a un triste tráfico. Pueden ser tres o veinte, pero deseamos localizarlos y es difícil, porque los que pudieran ayudarnos, se niegan a hacerlo.

—¿Cuál es el negocio?

—Su condición de americanos, ex soldados, les depara muchas demostraciones de simpatía. Dejan hablar, oyen verdades o calumnias y han ido formando un fichero especial, de personas acusadas de

colaboración. Personas que se ocultan, o están en libertad provisional, y se han mudado de barrio. Y nos consta, sin poder aprehender a la banda, que han aplicado el sistema del secuestro. Obtienen dinero, y si no lo obtienen tras aterrorizar, eliminan la víctima, que aparece en cualquier callejón, muerta, dilatadas las órbitas de miedo, con esta peculiar expresión de pánico irracional, del ser aterrorizado. Y la opinión pública echa la culpa a tur exceso de patriotismo, recriminando blandamente a los que se toman justicia por su mano. Nuestras policías conjuntas, no pueden poner escolta a todas las personas, que pueden ser acusadas de colaboración, pero que un tribunal severo, no condenaría a muerte. Y mucho menos, proteger a quién se esconde. Pero es obsesión de nuestro servicio, hallar el hilo que nos conduzca a la captura de esta banda de inmundos traficantes del miedo.

—¿Y la madeja que no desenreda usted, quiere qué la transforme yo en ovillo?

—Esta banda, sabemos cómo trabaja, ignorando quiénes son. Eligen por víctima, a una persona supuestamente poseedora de dinero, que ha, sido puesta en libertad provisional. Cuando secuestran, ¿qué prometen? Posiblemente dar escolta hasta la frontera suiza, a quién no puede irse de París, sin permiso judicial. Y valiéndose de su nacionalidad, inspiran confianza, al principio. Hoy, en el estado ambiental que impera en Francia, un sospechoso de colaboracionismo, tiene más miedo ante un francés irresponsable, como lo son estos pílleles que quieren usurpar las funciones de juez, que ante un «gangster» yanqui. ¿Va asimilando, Luke?

—Capto. Pero, ¿y yo, en este negocio, qué puedo hacer?

Esta banda sabe ya que cuando le pongan la mano encima a cualquiera de sus componentes, irán a dar cuentas al Misericordioso. Tienen armas que no devolvieron a nuestros arsenales y pueden considerarse como descarriadas fuerzas de choque. Un agente normal, nunca logrará entrar en contacto con ellos. Ahora bien, usted, un ejemplar de fuerza de choque, licenciado por psicosis, yanqui como ellos, puede cazarlos.

—No irán ellos pregonando su negocio.

—Pero la prensa ha anunciado que mañana será puesta en libertad Mathilde Clery.

—Ya... Oiga, jefe, esto me recuerda el método Ollendorf. «¿Tienes un paraguas»? «No, pero el armario de mi tía Petronila es de castaño». Hablamos de un paraguas y sin venir a cuento sale el armario. ¡Ey, ey, un momento! Que ya me avisaron que entre los caimanes de la buena causa, o sea en el servicio secreto, las cosas que parecen no tener la menor relación entre sí, luego son el quid del negocio. Voy viendo: ¿colabó «Mamzel» Mathilde?

—Estuvo prometida y a punto de casarse con Herr Doktor Rolf Ginkaus, jefe de la Gestapo del distrito de Rivoli.

—Si la dejan suelta, es que no hizo nada de particular, ¿no?

—En realidad, ha estado dos meses encerrada, por—, que ella misma se presentó ante las autoridades militares aliadas. Un tribunal popular de esos improvisados durante el primer mes, la habría sentenciado a muerte. El juez militar ha sobreseído por falta de pruebas, su procesamiento.

—Ya... Y se supone que tiene dinero y suponiendo que la acechen a la salida, podemos dar con la banda.

—Tiene fortuna personal, que no ha sido incautada porque es suya propia. Sus familiares no han regresado del extranjero, y ella no volverá a su casa, aunque no puede abandonar París. Se ha accedido a su petición, para que no la asedien periodistas, dice ella, pero en realidad por temor a que la ataquen jovenzuelos rencorosos, de que no salga directamente a la calle desde la cárcel en que se halla, sino que la conduzca un coche militar al «Hotel Regence», y que avisemos al detective del hotel, para que la escolte, desde el mismo momento en que baje del coche.

—Ya... Y yo estaré en el hotel, moviéndome cuando ella lo abandone, hasta que alguien la ataque para secuestrarla.

—No, no... Usted es el detective del «Regence».

—¡Sopla!

—Los hoteles frecuentados por el turismo norteamericano, emplean en su plantilla, detectives procedentes de agencias americanas, que hablen francés. Y el gerente del hotel, pertenece a nuestro servicio, pero no puede seguir a Mathilde Clery por dónde vaya ella.

—A lo mejor no sale del hotel en un año.

—Lo dudo... Estaba muy enamorada de Rolf Ginkaus.

—Oiga, ¿volvemos al método Ollendorf?

—Rolf Ginkaus está escondido en algún rincón de Francia. Va usted a empaparse los expedientes que hacen historia de lo que está demostrado: quién es ella, quién es Rolf Ginkaus. Y el que refiere los indicios que hacen firme la existencia de un «gang» americano, compuesto por desertores, donde hallará la lista de los que desertaron con armas. Una lista con fichas y fotografías, que no podrá retener en la memoria, y por tanto habrá de llevar encima... Sí, logra trabar contacto con alguno de ellos, y...

—... me encuentran la lista, tráigame lirios rosas, que es mi flor más odiada. Bien, soy el detective del hotel «Regence», la sombra protectora y espiente de Mathilde Clery, y en cada persona que ronde, he de calcular si es Herr Doktor Ginkaus, disfrazado de vieja baronesa, o un muchacho del «gang».

—Las veinticuatro horas del día, relevándose por turnos, habrá un hombre nuestro alerta. Por la mañana de ocho a doce, en el café «Rotonde». De doce a cuatro, en «Chez Graff», de cuatro a ocho, en «Bar Pierrot's», de ocho a dos, madrugada, «La Cabane Verte», y desde esta

hora hasta las ocho de la mañana, un número de teléfono a su disposición. Recuerde las horas, cafés y el cabaret.

—Puedo aprenderlo fácilmente, pero ¿y el colega?

—Todos llevarán en el ojal de la americana, dos florecitas simpáticas, pequeñas: un botón de rosa blanca y otro de rosa roja. Cuando necesite comunicarles algo, vaya según la hora, a cualquier de los locales citados, y demuestre sorpresa, al reconocer a un viejo amigo, exclamando: «¡Pero si es Smith!»

—Y si doy con un Smith que lleve las dos rositas, y sea Smith de verdad, vamos listos.

—Su «Smith» le contestará: «Eben Smith salta de alegría al verte, Luke».

—Eben ya es un nombre difícilillo. De acuerdo, en esto. Si necesito ayuda, o tengo un hilo recio, acudiré a abrazar a Eben Smith, solo queda por aclarar cómo me presento a Mathilde Clery.

—Detective del hotel, agencia americana, atleta con cara de granuja simpático, del país donde tenemos fama de desear hacernos ricos pronto...

—Ya. A lo mejor me soborna.

—¿Quién sabe? O le interesa hacerle creer que está encerrada en sus habitaciones, y sale clandestinamente. O vienen a visitarla los del «gang» si hay un periodista indiscreto, que lo habrá... que comente que Mathilde Clery se encuentra en el «Regence».

—A esta chica, si lo que quieren es que viva, le deben facilitar además de mi escolta, un par de tanques.

En pie, severo el semblante, dijo Mattison:

—Venga conmigo a mí oficina, Luke. Cuando haya leído determinados informes secretos no le parecerá cruel que le diga que si Mathilde Clery ha creído engañarnos, no nos importa que muera acribillada, si ha de conducirnos a la captura de Ginkaus o los «gangsters» en cuestión. Usted conocerá a la ingenua con cara de ángel... mañana. Ahora, leerá quién es realmente Mathilde Clery.

CAPÍTULO IV

Que el ambiente influía en la persona, no lo dudaba Luke Ralston, porque lo estaba comprobando desde el mismo instante en que vestido el traje cruzado gris, obra maestra de buen corte y rapidez, debida al sastre especial adscrito al Servicio Secreto mixto, pasó a instalarse en su alojamiento del «Regence».

Cambiaba por completo un hombre, hasta en sus modales, al observarse impecablemente vestido, desde la sedosa camisa blanca en cuyo cuello encajaba perfectamente el nudo de la corbata azul, hasta los calcetines grises, y los zapatos de flexible tafilete negro. «Sobrio y distinguido», había decretado el sastre.

Y era sobrio y distinguido el mobiliario de la alcoba, comunicando con el cuarto de baño, y la pequeña antesala.

Aquella «suite» para persona sola, era la número 8 del primer piso, al fondo del corredor. El gerente daría la «suite» número 6 a la cliente que llegaría en cualquier momento del día, trasladada directamente de la cárcel al lujoso hotel, por un coche militar.

Bajó Ralston para recorrer las dependencias de comedores, salas de fiestas, el salón de té y el bar americano, cuyos muebles tubulares, blancos paneles y largo mostrador en herradura al centro, daba una inmediata sensación de escenario visto en múltiples capiteles.

Un combinado de jugo de frutas le fue recordando la época anterior a la guerra, en que se aburría sobremanera en idénticos lugares. Ahora variaba el «atrezzo» porque abundaban los uniformes militares, pero el coro seguía, siendo el mismo: «gente de Palace».

Al menos en apariencia, seguían siendo los mismos personajes de la fauna viajera y cosmopolita. Financieros, diplomáticos, divorciadas en busca de renovar el experimento matrimonial, comerciantes y agregados militares de diversas nacionalidades.

Dedicó desde el mediodía hasta la media tarde, a familiarizarse con las fisonomías de las personas alojadas en el hotel, que si bien tenían documentaciones en regla, podían, llegado el momento, y mediando cantidad suficiente, convertirse en cómplices de cualquier ambiguo negocio.

A las cinco subió hacia sus habitaciones, pensando que en el tenebroso mundo del espionaje, la guerra entre las inteligencias, las agudizaba, porque la ciencia contribuía a hacer más difícil el empleo del arte humano del disimulo.

Cualquier conversación que Mathilde Clery sostuviera en sus habitaciones, o en la mesa que le era reservada en el comedor «Trianon», sería registrada por los micrófonos instalados en lugares tan absurdos como el florero sobre la mesita, una estatuilla sobre un estante de la antesala, la lámpara central de la alcoba...



—Extenderé un cheque por anticipo de dos semanas...

Se comprendía la importancia que se concedía a cualquier paso o palabra que diera y emitiera Mathilde Clery, que había sido la prometida del científico as de la policía civil, la Gestapo.

Un hombre de gran inteligencia, que era buscado por varias naciones...

Abandonó Ralston sus ejercicios mentales, con agrado, porque le fatigaban, acudiendo a abrir a la llamada del discreto timbre de grave diapasón.

Retrocedió, sintiendo aumentar su sensación de agrado, porque la

doncella que entraba, tenía la satinada tersura de las modelos dibujadas para el almanaque «Squire».

—Buenas tardes, señor Ralston. Tengo orden del señor gerente de presentarme a usted. Soy Marion, al servicio de los departamentos pares de este rellano.

La cofia y delantalito blancos, eran toques graciosos. El uniforme negro brillante, delicia visual, porque la doncella Marion poseía la línea delgada en tobillos, brazos y talle, siendo prodigio de redondez la restante anatomía.

El rostro armonizaba con la línea curvada de los pintados semblantes de muñeca rolliza. Una morena de las que a su paso por entre las señales para peatones, debía congestionar el tráfico rodado, provocando silbidos de jubilosa virilidad admirativa en la más helada calle norteamericana.

Sonrió con modestia, pero en pestañeo complacido, al prolongarse el silencio pasmado del nuevo detective de hotel, que reprimiendo el estentóreo silbido que se iba acumulando en sus amplios pulmones, emitió su sincera opinión:

—Voy a pasarme el día apretando el timbre que surtirá el milagro de verla aparecer, Marion.

—El señor es muy amable...

—¡Que va! Soy imparcial y justo. Y a todo eso, ¿por qué el gerente la ordenó que viniera a presentarse?

—La costumbre, señor, es que el personal del rellano en que se aloja el detective, atienda sus órdenes.

—Palabra que me placen las ordenanzas de este lujoso cuartel. Encantado de conocerla, Marion. Siéntese, y echemos un parrafito.

—Me está prohibido sentarme en mis horas de servicio, señor. No tiene más que pulsar el botón blanco y estaré a su servicio.

Miró Ralston la placa que ella señalaba. La misma que se hallaba en las otras dos habitaciones, y que sobre el jade jaspeado, alineaba tres botones: azul, blanco, rojo.

La bandera francesa se distribuía entre servicio de mesa, de ropa y de aseo: manicura, peluquero, masajista...

A Marion le correspondía exclusivamente la atención de las habitaciones, en su renovación de ropa...

—¿Ordena algo el señor? —inquirió ella, al prolongarse el silencio del nuevo detective.

—La pregunta es capciosa, Marion. Buenas tardes. Abrió Ralston la puerta, anticipándose a la doncella en ágil salto, y permaneció un instante contemplando cómo ella se alejaba.

Cerró, y sentándose en el brazo del sillón, penseque en los Estados Unidos poseían la exclusiva de la fabricación de toda clase de elementos

para hacer confortable la vida, pero Francia seguía en posesión de la exclusiva del «charme».

Aquel difícil dominio del encanto, que hacía atractiva a una doncella de hotel, cordialmente tentadora, en contraste con las frías bellezas llenas de cálculo que había el conocido en su nación.

Repiqueó el teléfono arrancándole de sus divagaciones, y la obsequiosa voz del gerente informó:

—«Con mis saludos respetuosos, participo que ha salido ya hacia nuestro hotel, la señorita que era esperada hoy».

Insertó Ralston el aparato en su horquilla y fue a ocupar un sillón del vestíbulo de recepción desde el que dominaba la perspectiva del tránsito desde las dependencias y escaleras, hasta la gran puerta giratoria, cuyos cristales transparentaban el espacio de entrada bajo los arcos que corrían a lo largo de la fachada principal.

En el jardín de acceso, la alameda efectuaba su cerrado circuito hasta las verjas, entre floridos parterres.

El portero que al pie de la escalinata, recibía, y desde el rellano, llamaba los coches, lucía un uniforme digno de mariscal. Se movió majestuosamente, escaleras abajo, y tras él corrieron varios adolescentes de verde uniforme repleto de botones.

El gerente acudió a recibir a Mathilde Clery. Una alta silueta, borrosa en el amplio abrigo ligero de grandes solapas levantadas, rematado en alto por un pañuelo azul, y abajo en botas katiuska. Partió el coche militar, y los botones, en hilera de seis, transportaron toda clase de bagajes, desde el maletín neceser hasta el «sacocha» de correas, dilatable.

Entró la silueta incógnita en el ascensor, acompañada por el gerente, y Luke Ralston sonrió burlón. Si Mathilde Clery, pensaba evitar el ser reconocida, camuflándose tan herméticamente, poco le duraría aquel exagerado incógnito.

Pasaron unos minutos, y el gerente bajó, pasando tras el mostrador, y estuvo atareado manejando el teléfono interior. De vez en cuando miraba el reloj.

Al marcar las siete y veinticinco, arqueó las cejas en muda llamada hacia Ralston, que abandonó su observatorio de las idas y venidas por el ascensor y escaleras y vino a acodarse junto al libro registro.

—Se limitó a ordenarme que a las siete y media, el detective del hotel, le subiera el tríptico de inscripción. Habrá dedicado esta hora y media, a la femenina tarea de borrar todo rastro de su permanencia en el «otro» hotel.

Recogió Ralston la carterita, de piel azul, en la que el gerente acababa de insertar la triple hoja impresa que había que rellenar en las líneas punteadas.

A las siete y media en punto, llamaba en la puerta marcada «6». Abrió

la doncella Marion, que cedió paso, y salió dedicando un pestañeo a modo de saludo silencioso, al que cerró tras ella la puerta.

Permaneció en la antesala y esperó pacientemente que el susurro de los tacones sobre la mullida alfombra, se transformara en la presencia de Mathilde Clery.

Un rostro muy blanco, largo cabello de oro pálido, recogido en rodete, un cuerpo esbelto, fue lo primero que detalló Ralston.

Después los almendrados ojos de un brillante azul, la fina nariz sensitiva, y la pequeña boca de labios salientes...

—Buenas noches, señor...

—Luke Ralston, servidor.

Ella se sentó, mostrando el sillón a un lado, a dos pasos, en el que se instaló Ralston.

Un perfil de camafeo, delicadamente anticuado, pero el resto era ultramoderno. La ingenuidad residía en la blancura de tez, en el claro rubio, en la límpida azulina de, las pupilas.

Pero desde el grácil escorzo del cuello, hasta el empeine del pie, había en Mathilde Clery, un extracto de sensualidad latente. No era el perfume sencillo de Una Marion, lozana y picara, sino un aroma sutil.

La boca podía parecer golosa, pueril. Las manos inquietas, ahusadas, tenían ductilidad de pianista...

Mathilde Clery no ocultaba que su silencio se debía a meditar las frases que iba a pronunciar, y cruzadas las piernas, cerrados los ojos, repicó entre sí las yemas de sus dedos, de uñas sin laca, abrigadas al pulidor.

Era lo que los franceses llamaban una «fausse-maigre», decidió Ralston. Al primer golpe de vista ella parecía delgada, pero prolongando el estudio, como le permitía la pausa meditativa, adivinó Ralston que el corte sencillo del vestido densamente azul, ocultaba una escultura perfecta.

Los zapatos no correspondían al peinado anticuado: sandalias de alto tacón, a tirillas oblicuas, azules. Oblicuidad... como los almendrados ojos, el espíritu de la prometida del Doktor Ginkaus.

Al abrir ella los ojos, fue como si una ráfaga de pureza disipara el encanto pérfido de su personalidad: la ingenua iba a hablar, pensó Ralston.

—Usted perdonará este ridículo paréntesis silencioso, pero sabrá ya que mi situación es equívoca. Para los franceses soy peor que una leprosa...

—Ignoro a qué clase de lepra se refiere, pero no siendo yo francés, usted es para mí una, cliente del hotel: el número 6, primer piso, a la izquierda, departamentos pares.

El pestañeo de la doncella Marion era un prodigio de picardía en su fingida modestia: el leve parpadeo de Mathilde Clery era elocuente. Leve asombro matizado de gratitud...

—No importa que sea una bella mentira cortés, para que deje de

agradecerla, Ralston. Pero el hecho subsiste: hasta para los americanos, yo soy una mujer culpable de haber contemporizado con el enemigo de Francia. Si los japoneses hubieran invadido su patria, Ralston, usted habría odiado a la norteamericana que mantuviera afectuosas relaciones con un personaje japonés.

—En Francia, soy totalmente apolítico, señorita Clery. Una agencia me paga para estar al servicio de la clientela de este hotel. El detective francés tiene a su cargo los números impares y posiblemente por esto, el gerente le reservó a usted esta «suite».

—¿De veras no siente la menor animosidad contra mí? —inquirió ella, como si en la respuesta, le fuera la misma vida.

—Solo siento animosidad contra quien intenta marcharse sin pagar la cuenta, y no es este su caso.

Rio ella, sin ruido, fruncida la boca, dedicando una ojeada contemplativa al elegante detective del «Hotel Regence».

—Ignoro la razón, pero siempre me figuré a los detectives, como personajes bruscos, antipáticos. Usted es agradable. En términos concretos, su labor es evitar que se filtren aventureros en el hotel, ¿no es así?

—Es provisional mi estancia en el hotel, ya que mi propósito es reunir el suficiente dinero para abrir por mí cuenta una agencia. Es aburrida, sin emoción, vegetativa esta existencia, porque verá... Tal como está el ambiente, por estos hoteles de gran lujo, no se asoma nadie que no sea respetable. Y es una lástima...

Volvió ella a fruncir en mohín riente la boca. Pero tampoco esta vez era sincera la risa, por cuanto los ojos eran fríamente calculadores, terso azul entre los párpados entornados...

—¿Escuna lástima? Ya comprendo; se refiere a que difícilmente hallará aquí ocasiones de prosperar. Puede que yo se las proporcione, por una razón muy sencilla: prefiero no salir del hotel, hasta que no se normalice del todo el ambiente callejero. Y al ser usted un atlético americano, me seduce la idea de telefonar a su Agencia, para que envíen otro detective al hotel. Indemnizaré si es preciso, pero me agradaría tener en usted... ¿cómo dicen en los Estados Unidos?... ¡Ah, sí! Un *Boby-guard*. Claro, siempre que usted no tenga inconveniente.

—Muy a gusto, señorita Clery. Me especialicé en la academia de «escoltas»...

—¿Quiere marcar el número de su Agencia?

Disco Ralston, complacido. Estaban en todo, prevenían todas las eventualidades, los cerebros del Servicio Secreto...

—¿Aló? Secretaría Agencia Orbis, al habla.

Tendió Ralston el aparato y el roce de los fríos dedos, le produjo enervamiento. No era «trigo limpio» aquella hembra, decidió de una vez

por todas...

—¿Aló? ¿Con quién hablo?

»—Agencia Orbis, señora.

—Estoy alojada en el «Regence», y deseo efectuar una consulta. ¿Pueden proporcionarme un detective especializado en escolta?

»—Tan pronto lo requiera, le enviaremos a uno de nuestros mejores escoltas, señora. ¿Tiene la bondad de darme su nombre, señora?

—No es preciso. ¿No es de su agencia el detective que tiene el hotel?

»—Es de nuestra agencia, uno de los detectives del hotel, sí, señora.

—Deseo contratarlo, indemnizando en gerencia la cantidad que ustedes fijen. ¿Existe algún inconveniente?

»—Ninguno. El detective Ralston comunicará a gerencia, el cese en su pública tarea, y la gerencia le comunicará, señora, las condiciones para el servicio privado de escolta.

—Gracias. Buenas noches.

Ahorquilló ella misma, avanzando el busto, para tender las dos manos en gesto que parecía de espontánea camaradería.

—*Shake hands*, Luke Ralston. Tengo la convicción de que estaré protegida con usted. Es una corazonada. Y ahora, ruegue a gerencia, que le den habitación cercana, aunque durante unos días, su tarea será por completo nula y aburrida, Ralston, porque pienso permanecer una semana durmiendo a placer, leyendo tranquilamente, y gozando de la bendición que supone estar sola... Un privilegio que solo llegamos a percibir, cuando nos privan de él.

—Perdón: pero no hemos hablado de las condiciones.

—¡Es verdad! —sonrió ella—. Seamos yanquis, y siendo muy especial la escolta que de usted requiero, empezaremos por convenir, que cada veinticuatro horas percibirá usted cinco mil francos. Extenderé un cheque por anticipo de dos semanas, y se lo llevará usted con estas hojas destinadas a la policía. No tengo que llenarlas, puesto que la policía conoce mi domicilio actual. Le haré llamar, tan pronto ponga fin a mí etapa de convalecencia, que consiste en desear estar sola. Sus atribuciones son impedir que nadie pretenda visitarme. Ruegue a gerencia que desconecte mi línea telefónica, y no estoy para nadie, en absoluto. ¿Todo entendido, Ralston?

—Perfectamente, patrona. Perdone, quise decir, que de acuerdo, señorita Clery.

—Así queda mejor, Ralston.

Rasgó ella una firma, arrancó el cheque, y lo tendió a Ralston. Y fue cortésmente imperiosa al saludar, desde su sillón:

—Buenas noches, Ralston. Ya le mandaré llamar, cuando le precise.

—Beso su mano, señorita Clery. Servidor de usted.

En el pasillo, Luke Ralston tuvo la impresión de que el gato más viejo del Servicio Secreto, resultaba un ratoncito indefenso, ante la espléndida actriz que era la felina Mathilde Clery.

CAPÍTULO V

Al cuarto día de estancia, la reclusa en la «suite» número 6, seguía sin aparecer. Efectuaba sus comidas en la antesala y salvo el pedido de libros que cada media tarde, remitía en catálogos donde trazaba un aspa ante la obra requerida, no daba otra señal de vida.

Por la mañana, hacia las once, pedía el desayuno, y toda la Prensa diaria. A las cuatro tomaba el almuerzo, y daba la lista de libros que quería le fueran traídos, con toda la Prensa nocturna. Y hacia las once de la noche, pedía invariablemente lo mismo: una docena de ostras, jamón en dulce y champaña.

Luke Ralston se aburría sobremanera, pese a que Mattison le había prometido una actividad accidentada, tan pronto Mathilde Clery se decidiera a volver a la vida normal, o un «indiscreto periodista» descubriera el incógnito de la ocupante de la «suite» 6 del «Regence».

Y la noche del cuarto día, Marion trajo en bandeja un sobre largo y voluminoso. Entre ella y Ralston existía lo que con zumba calificó él, de «estado de alarma». Parecía ella siempre dispuesta a salir corriendo, pero no había aún dado motivos para ello, el guardaespaldas de Mathilde Clery.

Cogió Ralston el sobre, y preguntó:

—¿Qué tal resiste la triste vida mi patrona, Marion?

—Su patrona ayer me preguntó si usted era, antiguo de la casa.

—¿En qué casa?

—El hotel.

—Ya... ¿Y usted, qué replicó?

Un pestañeo arrobador, y contestó Marion:

—Que hacía ya cuatro meses y días que pertenecía usted al personal del hotel.

—¡Sopla! ¿Y cómo se te ocurrió mentir, preciosa? Perdona, pero no es familiaridad descarada, sino amistad sincera. Te aprecio, porque eres modosita, y pudiendo ser una vampiresa, eres una deliciosa muchacha honesta. Ya he tomado mis informes... Anda, trátame amistosamente, y explícame por qué mentiste a mí patrona.

—El gerente me mandó mentir. Me previno que si preguntaba ella por usted, yo debía decir dos mentiras: la primera, que hacía ya cuatro meses y días que estaba usted aquí.

—¿Y la segunda mentira?

—Que seguía en el hotel, porque escaseaban los buenos detectives, pero que el gerente le tenía a usted en poca estima, por prevención contra

los americanos en primer lugar, pero también porque usted no era un dechado de moralidad.

—¡Soberbio! ¿Y qué te parece toda esta trama, Marion?

—Yo gano un buen salario, para cumplir lo que me manda el gerente, y no para pensar en lo que no me importa, señor Ralston.

—Oye, Marion... ¿he hecho yo algo que te haya molestado?

—Nada, señor Ralston.

—Entonces. ¿Por qué estás tan desconfiada conmigo?

—Usted es un señor, y yo soy una criada. Eso es todo, señor.

—Bah, bah... ¿Qué haces cuando te toca el turno de reposo?

—Según, pero nunca salgo con clientes del hotel.

—Entonces, no tienes novio...

—Lo fusilaron hace dos años. Me voy, porque ha terminado mi turno de trabajo, señor Ralston. Buenas noches.

—«Bye-bye», mi arisca doncella, sensata y prudente.

A solas, Ralston rasgó la parte superior del sobre. Extrajo un ejemplar del «Paris-Presse», fechado de aquel mismo día, en su edición nocturna.

Examinó el sobre. No contenía nada más. Lo remitía el gerente, pero procedía de la «oficina» central.

Desdobló, y en primera plana, reconoció a Mathilde Clery en el gráfico de la tercera columna. Un fondo negro, y el magnesio hacía resaltar el contorno de los blancos hombros desnudos en el atrevido escote del vestido de noche.

Al lado de ella, un individuo alto, de afilado rostro, monóculo incrustado en la órbita izquierda, rígidamente elegante en su frac.

Al pie decía:

«Entreacto en la representación de «Parsifal», Herr Rolf Ginkaus, doctor de la Gestapo, exhibe su sirena amaestrada, Mathilde Clery».

El reportaje lo leyó rápidamente Ralston, y al terminarlo, opinó en voz alta:

—Vaya mala baba. Es una incitación al abordaje del hotel.

Pero sonreía, porque no cabía duda que la mecha inflamada que era aquel reportaje, iba a precipitar el estallido de los acontecimientos.

Releyó con más lentitud, porque no tenía desperdicio aquella incitación a los misteriosos «gangsters».

«¿CUAL ES EL PARADERO DE ROLF GINKAUS?

»Nos resulta difícil creer que, durante su reclusión, Mathilde Clery haya sido tan torpemente interrogada, que siga siendo una incógnita el sitio exacto en que se esconde Ginkaus, el catedrático de la Gestapo de la calle Rivoli.

»Es imposible imaginar que Ginkaus, en su huida, dejase ignorante a Mathilde Clery, del lugar donde pensaba esconderse, en espera de un porvenir dorado, lejos, en cualquier nación no europea. A la objeción de que ella podía haber huido con él, oponemos una rotunda afirmación: Mathilde Clery se presentó a las autoridades militares, sabedora de que por el código castrense, no podía ser acusada de delito alguno. Y libre, podría seguir demostrando su fidelidad amorosa al monstruo de la Gestapo. Ella posee inteligencia, y una gran fortuna.

«Consideramos necesaria la intervención de las autoridades civiles, que son las llamadas a dilucidar si no constituye un póstumo oprobio para las víctimas de la Gestapo, que Mathilde Clery pueda emplear sus medios abundantes en ayudar a un criminal. Es ya intolerable que ella ocupe lujosas habitaciones en uno de nuestros hoteles de rancia ejecutoria francesa, que fue palacio de un gran patriota que rigió nuestra nación.

»Sabemos que al igual que grandes personalidades destacadas en la escala social, dispone ella de escolta particular, asalariada. Si Mathilde Clery invoca un derecho humano para negarse a recibir a los representantes de la Prensa, nosotros invocamos el derecho que es ley, de que sea citada Mathilde Clery a responder públicamente ante un jurado civil, cuál es el grado de responsabilidad que le incumbe en la matanza de franceses, que tuvo lugar en el laboratorio de suplicios científicos que administraba Rolf Ginkaus.

»Las autoridades tienen la palabra».

El teléfono tardó ocho minutos más en dar señales de vida.

Mathilde Clery ordenó:

—Venga al instante, Ralston.

Abrió ella misma, cerró echando el pestillo, y dirigiéndose a la alcoba, fue diciendo con impaciente entonación:

—Supongo que habrá leído usted la Prensa de esta noche, y por lo tanto, estará en condiciones de saber quién es el canalla que ha revelado mi identidad.

El batín denotaba la predilección de ella por el color azul oscuro. Llevaba el cabello suelto, extendido en amplia melena lacia, hasta media espalda.

Al llegar al estrado endoselado del lecho en forma de góndola, se revolvió. Los encajes azul claro, armonizaban en el lechoso escote.

—Que me registren —rezongó, molesto, Ralston.

—No le acuso a usted, y supongo será el personal del hotel. Pero ya no puedo seguir aquí. ¿Usted es capaz de salir del hotel, eludiendo el asalto de

los periodistas, que sin duda estarán esperando?

—Soy capaz. Pero usted, aunque se envuelva en su abrigo...

—No, no... Yo le esperaré.

—Me contrató para escolta, y si la dejo sola, la Agencia me reprochará lo que pueda ocurrir durante mi ausencia.

—¡Está usted a mis órdenes, Ralston!

—¡A la orden!

—No estoy en condiciones de apreciar su ironía mastodóntica. Escuche con atención... ¿Conoce bien París?

—Sí. Y, además, venden guías.

—Conozco a una escritora que no me negará su hospitalidad, pero si me presento directamente, puede tener visitas, y la comprometería. Coja un taxi, dele una dirección alejada del hotel, y cambie de taxi. Vaya al número catorce de la avenida de Tilleuls, del barrio de Neully. Es una torrecita, rodeada de un pequeño parque.

—Escuche, telefónee...

—Usted es un atleta, mi buen amigo, pero ha sido en detrimento de su cerebro... ¿No comprende que la Prensa habrá ya intervenido mi teléfono, provista de una autorización judicial?

—Bien. Voy a la torrecita número catorce, avenida de Tilleuls.

—Ignoran los jueces que me interrogaron, que yo presté un favor importantísimo a Yolanda Dartez. Pero para que no cometa usted ningún error, asegúrese que es ella, la que le recibirá. Es pequeña, algo rechoncha, unos treinta y cinco años, carita llena, ojos grises. Si acepta darme alojamiento, venga usted lo antes que pueda, pero cambiando de taxi, y no bajando ante el hotel. Si logra que yo llegue a casa de Yolanda Dartez sin contratiempos, no tendrá motivos de queja, Ralston. ¡Vaya!

—Volando.

En la planta baja, Ralston entró en uno de los locutorios, marcando el número del cabaret «Cabane Verte».

Apenas iniciaban un saludo al otro lado del hilo, atajó:

—Llamen al señor Eben Smith, que está en su local. Es urgente, de su asociado. Urgente.

El desconocido «Eben Smith» de turno, gangueó por el aparato:

—¿Quién dice usted qué es?

—¡Pero si es Smith!

—Eben Smith salta de alegría al oírte, Luke.

—Al negocio. Coja un taxi y arreando al «Hotel Regence» para relevarme en mi vigilancia. Ella me envía a un recado. Urge.

—¿Tiene idea de lo que se propone ella?

—Creo que me toma por un botarate, pero por si pretende alejarme, y mientras, levantar el vuelo, doy el aviso. Acuda, que aun no está vestida

para salir. Pero por si acaso, preséntese al gerente.

Colgó Ralston, y cuando iba a alcanzar la puerta, se interpusieron tres individuos, dos de ellos con gafas. Una prenda peligrosa para «gangsters»...

—Usted es Luke Ralston, el detective privado al servicio de la cliente del seis, ¿no? —puntualizó uno de los tres.

—Dio en diana.

—Teníamos entendido que usted protegía la preciosa existencia de la millonaria.

—Otro impacto atinado.

—¿Y abandona su vigilancia?

—Oigan, muchachos... En el hotel está ella segura, y yo tengo derecho a darme un garbeo. Soy joven, retozón, y me gusta ver una buena película, teniendo al lado una chica simpática. Conque, abran paso, que no quiero que mi chica se ponga esquiva, si tardo.

—Un minuto tan solo, Ralston. ¿Ha leído la Prensa nocturna?

—La sección de espectáculos y chistes.

—¿No vio a su cliente en primera plana?

—La veo en primerísimo plano y con relieve natural a diario. Y ya pasó el minuto. Abur, buena gente.

Dos de los periodistas, formaban barrera compacta, pero Luke Ralston, sin emplear las manos, amable y firmemente empujó con el pecho, mientras decía:

—El amor no admite obstáculos, y es tarde, amigos. Dejen paso, por favor...

Consiguió introducirse en uno de los ángulos giratorios de la puerta, y salió al porche, apresurando el paso. El portero atendió su petición de taxi, ondeando la mano hacia los que aparcaban al exterior.

Fue Ralston bajando las escaleras, y sabía que al poner el pie en el estribo, tenía tras él a dos de los periodistas.

—¡Plaza Pingalle! —indicó al chofer.

Arrancó el taxi, y Ralston miró por el estrechísimo marco de mica, pero ningún coche le seguía. De vez en cuando, volvía a mirar, porque un pensamiento iba formándose con carácter de presentimiento.

Si estaban al acecho los periodistas, también podían estarlo algunos componentes de la banda que se interesaba en secuestrar personajes que reunieran las condiciones de Mathilde Clery: mucho dinero, y cierta dosis de temor.

—¿En qué lado de la Plaza? —quiso saber el chofer.

—Siga hasta Clichy.

Volvió a mirar atrás. Le parecía haber visto ya aquel sedán negro cuando el taxi había tomado la curva de Rochechouart.

Era preciso no sentirse demasiado receloso. Aquellas calles eran de

tráfico constante y normal.

Cuando se apeó en la Plaza de Clichy, dirigiéndose hacia la calle de Roma, buscó entre los coches que iban pasando, un sedán negro, y al no verlo, decidió llamar a un taxi que circulaba libre en su misma dirección.

Subiendo, indicó:

—Avenida Tilleuls.

—¿Número?

—Hacia la mitad, más o menos. Ya le avisaré.

El taxi fue marcando kilómetros, por el dédalo de vías concurridas, hasta desembocar en la anchurosa avenida de Neully, bajando hacia el bosque de Bolonia.

Penetraba en la Avenida Tilleuls, señorial, de amplias aceras, farolas artísticas, muros de verjas floridas, que rodeaban las «villas», cuando al divisar a su izquierda el número diez, ordenó Ralston:

—Aquí mismo.

Pagó, y bajando, atravesó la ancha acera hasta rozar el borde de la tapia enrejada a media altura, donde la piedra tenía clavado el hierro en que se entrelazaban trepadoras y geranios.

Había poco tráfico en comparación con el centro, y por eso, en aquel lugar equidistante de dos farolas, permaneció Ralston preparado a afrontar los acontecimientos.

El coche que, al irse su taxi, había aumentado de velocidad, acababa de apagar sus faros, y arrimado al bordillo, frenaba deteniéndose. Se abrieron dos portezuelas, y solo sé aproximó un individuo, que llevaba un ligero impermeable gris, bufanda de seda, y sombrero fieltro de ala bajada.

Mantenía las manos en el fondo de los bolsillos, y se dirigió rectamente hacia Ralston, que solo tenía la diestra hundida en el bolsillo derecho de su americana.

—Buenas noches, detective —saludó el del impermeable gris, deteniéndose a dos pasos, frente a Ralston—. No hay que temer nada. Yo y mis tres amigos, queremos hablar con usted.

El francés que empleaba era perfectamente claro, pero pronunciado por cuerdas vocales de naturaleza norteamericana.

A unos siete pasos a la derecha de Ralston, contra el muro, se reclinaba, indolentemente, otro individuo. Llevaba una gabardina pardusca, y también hundía las dos manos en los bolsillos.

—¿Se da cuenta? —interrogó el que daba frente a Ralston, tras la pausa que este dedicó a mirar al frente, al coche, ante cuyo volante había un individuo que mantenía en marcha el motor, y al guardabarros delantero en que a medias se sentaba otro.

—Me doy cuenta que habéis elegido un rincón discreto, para la charla —comentó, en inglés neoyorkino, Ralston.

—Hombre, hombre... ¿Paisanos, no? Debimos suponer que la dama preferiría un detective guardián que fuera neutral. Anda, sube al coche.

—Para hablar estamos bien así, paisano. ¿De qué se trata?

El del impermeable gris, en un *ring* habría militado en la categoría de pesos pesados. Se hizo más imperiosa su voz al exponer:

—Vamos a pillar un resfriado aquí. Te has dado cuenta que estás bloqueado, ¿no? No tienes que temer nada, puesto que preferimos llegar a un acuerdo, si es posible, y eres sensato... ¡Cuidado con lo que haces! —apremió el peso pesado al irse aproximando un trío, la mujer entre dos hombres.

Se aproximó el del impermeable colocándose a un lado de Ralston, en cuyo costado dio dos toques de advertencia con algo elocuente en su férrea contextura, identificable a través del ligero tejido del bolsillo.

—Tarda en venir, ¿verdad? —opinó el del impermeable, cuando llegaba a su altura el trío.

—Todo llega en este mundo —aseveró Ralston.

Pasó de largo el trío, y los otros dos, que habían adoptado el paso reposado de caminantes pacíficos, volvieron a sus posiciones de espera.

—Has estado sensato, detective. Sube al coche, venga, sin más discusión.

—Bueno, de acuerdo, pero al menos quisiera saber... —empezó a decir Ralston, iniciando la marcha, hacia el coche.

El otro le empujó el costado, con toque recio:

—¡Andando!

Verificada la posición del enemigo, y las posibles trayectorias de proyectiles y ataques, el ex sargento de las fuerzas de choque, aplicó la primera llave adaptada al terreno.

Un rápido paso atrás, alzando un codo, el derecho, mientras la mano izquierda bajaba aprisa, inmovilizando el antebrazo derecho del peso fuerte.

El codo, chocando con el rostro del cercano invitador al paseo de charla, para llegar a un acuerdo, permitió a Ralston quedar atrás del enviado a parlamentar.

Y todo lo que siguió tuvo la rapidez contundente de la pugna entre los tres ejercitados ex combatientes yanquis, que tenían que actuar velozmente para reducir a la obediencia a un ex sargento de fuerza de choque, que se oponía por instinto, a obedecer conminaciones de aquel cariz.

El peso pesado, aunque contuso por el inesperado codazo, giró sobre sí mismo para voltear con su puño y brazo tenso, al que en un instante, de amenazado había pasado a ser un energúmeno peligroso.

El del guardabarros acudió cabeza gacha, brazos adelantados, mientras el de la derecha corría esgrimiendo su automática.

El canto de la palma izquierda de Ralston chocó con la nuez del peso pesado, del que se alejó saltando en el aire a un lado, para destinar un patadón lateral al que embestía desde el guardabarros.

Ataque perfecto, que tuvo por réplica el contraataque adecuado, al saltar de lado el que esquivó el patadón, asiendo el tobillo...

Ralston, sobre sus manos abiertas apoyadas en la acera, impulsó hacia atrás el pie prisionero, moviendo hacia arriba el tacón del pie libre.

Consiguió liberarse, pero tuvo que rodar a un lado, porque en su cabeza acababa de chocar el puño del peso pesado.

Se incorporó convertido en molino de cuatro aspas en torbellino, donde pies y puños, trabajaban activamente, para contener y repeler el embate del huracán de tres hombres duchos en pegar y recibir.

El del volante gritó:

—¡Venga, que viene gente! ¡Pronto...!

Chocó el puño derecho de Ralston contra, el caballete de la nariz del «gangster» de la gabardina pardusca, que retrocedió.

Pero un puño hundiéndose en el estómago de Ralston, con certera precisión, mientras en su costado, el otro americano asestaba un «uno-dos» infalible.

Los vapores precedentes al «k.o.», estimularon en reacción sobrehumana a Ralston, que logró encajar hombros, cuello y cabeza, en el abierto compás del peso pesado, que volteado a un lado, perneó agresivamente.

Un disparo resonó estridente, y Luke Ralston lanzóse en zambullida medio inconsciente su cerebro, pero muy despiertos los reflejos musculares.

Su estirada, a unos cinco metros del grupo de los tres atacantes, había coincidido con el disparo, procedente de alguien ajeno al cuarteto atacante.

En pie, corrió extrayendo su revólver, pero entre el peso pesado, y el de la gabardina pardusca, empujaban al interior del coche al que se tambaleaba...

El sedán describió un semiarco de viraje, a toda velocidad, chirriantes sus neumáticos, y enfiló como una exhalación la avenida descendente hacia el bosque de Bolonia...

Luke Ralston introdujo su revólver en el bolsillo, y se cogió la cabeza donde silbaban numerosos pájaros.

Dos hombres ante él, preguntaron a la vez:

—¿Está herido?

—Yo no, ¿y ustedes? El disparo...

—Lo hice al aire, como aviso —expuso uno de ellos—. ¿De veras se encuentra bien?

—Todo lo bien que puede uno estar, después de dar y recibir...

Aceptó que le sostuvieran por los codos, porque le faltaban aún varios

minutos para despejarse del todo...

—Cuando pasábamos, con una mujer, nos pareció algo extraña la actitud de todos ustedes —expuso uno de ellos—. Pero como usted respondía apaciblemente y no pidió ayuda, seguimos nuestro camino. Bien, más vale tarde que nunca...

Acabó de despejarse Ralston, reclinándose contra la farola, y vio a dos gendarmes que, apeándose de sus bicicletas, que dejaron apoyadas contra el bordillo, se aproximaban a los tres hombres.

—Buenas noches, señores. ¿Fue un reventón o un disparo lo que oímos?

—Un reventón de un coche que pasaba —expuso Ralston.

—Documentación, por favor —pidió el otro agente.

El más alto de los dos que habían acudido oportunamente, presentó un carnet al gendarme, que lo acercó a sus ojos, y leyó:

—«Jean Dupuis, capitán de complemento»...

El otro gendarme se cuadró, saludando con enérgica marcialidad. Su redondo semblante saludable, expresó respeto, admiración, mientras decía:

—Es un honor, capitán Dupuis, poder saludarle. No molestes más a estos caballeros, Trimmard. Acudimos, mi capitán, porque nos pareció oír un disparo. ¿Ordena algo, capitán Dupuis?

—Nada, gracias, buenas noches, señores.

Los dos agentes saludaron, y montaron sus grotescas monturas, alejándose. A unos diez pasos, comentó el agente que había reconocido al heroico mutilado Jean Dupuis:

—Todo un valiente el capitán Dupuis. Víctima de la Gestapo, consiguió escapar, pero ya has visto cómo quedó su rostro...

Luke Ralston acababa de recomponer su desordenado atavío... El más joven de sus dos auxiliares espontáneos, se presentó:

—Raul Merval, señor. No quisimos contradecirle, porque tendrá sus fundados motivos para haber aceptado la teoría del reventón.

—Soy Luke Ralston, detective de hotel, y prefiero siempre resolver mis complicaciones. Les agradezco su eficaz intervención.

Raul Merval adquirió la misma expresión de admirativo respeto, al tender la diestra hacia el individuo de más edad, y decir:

—Le presento a Jean Dupuis, uno de los héroes de nuestra gloriosa Resistencia...

—Bien, bien —atajó, con cierta impaciencia, Dupuis—. Si no tiene prisa, aceptará nuestra invitación, señor Ralston. Una copa, de tónico le sentará bien.

—Magníficamente.

Caminó hacia donde señalaba Merval, a unos treinta pasos de distancia, donde frente a una verja se hallaba una mujer, la que momentos antes había

pasado en compañía de Dupuis y Merval.

—Mi novia se inquietará, si tardamos en llegar. ¿Le robaron algo, señor Ralston?

—No seas petulante, Raul. A un detective americano, no le vas tú a resolver sus personales complicaciones.

—Es cierto.

Pensó Ralston que era impresionante el aspecto de Jean Dupuis. Un hombre alto, erguido, vestido sombríamente de azul oscuro, cuello almidonado, corbata gris y relucientes zapatos negros.

Pero el rostro era llamativo, en su absoluta inmovilidad. Bajo el espeso cabello gris, peinado hacia atrás en melena, la cara ancha ostentaba unas cicatrices diminutas en sienes, pómulos y maxilares, cruzando también varias líneas rojizas los lados del cuello.

Solo los ojos pequeños y negros tenían intensa vivacidad inteligente, y los labios eran también móviles bajo el espeso bigote canoso, en aquel rígido semblante.

Fue él mismo quien expuso:

—Me veo en la obligación de pedir excusas si me jacto de poseer un semblante trágico. La metralla me seccionó los músculos y nervios faciales, proporcionándome una faz muerta.

—Pero tu alma rebosa del mismo orgullo noble que nos inspira...

—Bien, bien, Raul. Vete a tranquilizar a Renée, y preparad algo reconfortante.

Alargó el paso Merval, y añadió, impasible a la fuerza el rostro, el héroe de la Resistencia:

—Espero no ser inoportuno, señor Ralston, en el caso de que tuviera usted prisa...

—Ninguna, al contrario —dijo, muy sinceramente, Ralston, porque el umbral de la verja que acababan de transponer, tenía en sus dos pilastras la placa con el número catorce.

Era, pues, la torrecita propiedad de la escritora Yolanda Dartez. Y dirigiéndose hacia el pórtico de entrada, Ralston solo encontró un inconveniente: ¿cómo podría hablar a la escritora de Mathilde Clery, delante de héroes de la Resistencia?

CAPÍTULO VI

En el acogedor salón-estudio de la planta baja, bebió Ralston el excelente coñac, y Raul Merval sonrió al manifestar:

—Resultaba pasmosa su contundencia, detective Ralston. Quedarán garantizados sin la menor duda sus protegidos del hotel donde usted...

—Raul —atajó Dupuis, con seco ademán de la diestra—. Por dos veces has intentado sondear a un detective, y es perder tu tiempo. Estos señores tienen un oficio peligroso, que les hace objeto de ataques como el que rechazó con acrobacia ofensiva para el físico de sus atacantes, pero también son muy discretos, por contraste contigo.

La novia de Merval añadió su opinión:

—Al oír al capitán Dupuis, cualquiera diría que no aprecia como a su propio hermano a Raul. Nos vamos a ir, Jean... Deseamos que Yolanda se mejore de su hemicránea... ¡Estas intelectuales...!

—Tanto gusto, detective Ralston —se despidió Merval.

La pareja se fue, y regresando, expuso Dupuis:

—Quisieron acompañarme, para saludar a Yolanda Dartez, la señora propietaria de esta torre...

—Creo haber oído hablar muy elogiosamente de las dotes de escritora de la señora Dartez. ¿Está enferma?

—No, no... Uno de sus habituales dolores de cabeza —y sonrieron los labios, rígido el rostro—. A veces, Yolanda encubre su afán de quedarse a solas, fingiendo dolor de cabeza. La conozco a fondo, ya que tuve el honor de resistir tres años de matrimonio en su original compañía. Era antes de la guerra, y nos divorciamos poco antes de la invasión teutona. Pero siempre nos unió una buena amistad.

—No molesto más, señor Dupuis, y agradezco su ayuda.

—Creo, mi joven yanqui, que ayudamos más bien a los tres malhechores. ¿Le importará que le acompañe?

—Encantado —mintió Ralston.

Jean Dupuis pulsó un timbre, y apareció una robusta matrona, uniformada como una clásica ama de llaves de casa señorial y tradicionalista.

—Salude de mi parte a la señora, y díglele que mañana le telefonearé, Louise.

Calculó Ralston, mentalmente, que si Merval, su novia y Dupuis, venían del centro, le convenía ahora fingir que tenía que ir hacia el Este.

Cuando hubo cerrado la verja el ama de llaves, y Jean Dupuis iba a

girar hacia el Oeste de la Avenida Tilleuls, advirtió Ralston:

—Tengo que informar a mí Agencia, señor Dupuis, y voy en busca, de un amigo que me espera en la Avenida de Madrid. Repito las gracias, y por si algo quiere mandar, envíeme recado a la «Agencia Orbis» de la que dependo.

Jean Dupuis tendía su tarjeta, que recogió Ralston.

—Quién sabe... Puede que alguna vez precise su ayuda, señor. Buenas noches.

Remontó Ralston unos cincuenta metros en sentido opuesto, y cuando, encendiendo un cigarrillo, se convenció de que ya estaba fuera de la visibilidad de Jean Dupuis, regresó hacia el número catorce.

De momento, consultada su lista-fichero, sabía ya que el peso pesado se llamaba Lewis Mac Gregor, desertor de la División 71.

Lo había tenido muy cerca, y en el agitado combate, había reconocido los rasgos salientes de una de las fotos de su lista: las negras cejas peludas, la nariz ancha, los dientes de oro, y el corte hondo de un bayonetazo de refilón en la oreja izquierda.

Lo lamentable es que no hubiera podido retener la matrícula, que seguramente sería falsa. Tendría que excusarse, exponiendo que los minutos que tuvo el coche visible, eran los mismos en los que le interesaba más tomar el número que calzaban los tres que le «bloqueaban».

Pulsó el timbre de la pilastra, con insistencia...

Si le reprochaba Mattison, no haberse dejado llevar por los «gangsters» para fingir llegar a un acuerdo, que debía ser contribuir al secuestro de Mathilde Clery, y poder así capturar la banda entera, aludiría a la urgente petición de Mathilde Clery.

No podía decir, que prefirió pelear por gusto indomable... Cesó en sus meditaciones, al divisar el rostro poco amable de Louise, el ama de llaves, y retiró aprisa el pulgar del botón, como si quemara.

—Perdone, señora, pero urge que hable con la señora Dartez.

Abrió ella la verja, y expuso:

—Mi señora está indispuesta.

—Reitero mis excusas, pero tengo un encargo urgente que transmitirle.

Esperó en el vestíbulo, y reapareció Louise.

—La señora le ruega me diga lo que sea.

—Estrictamente personal; se lo ruego.

Volvió a desaparecer por un corredor lateral el ama de llaves, y pasaron unos largos minutos. Por fin, una mujer rechoncha, de corta estatura, cuyo semblante relleno, poseía unos hermosos ojos grises, se aproximó, herméticamente encerrada en batín guateado, de color salmón. Arrastraba unas chinelas elegantes, de gran pompón rosa.

—Usted dirá, señor —pronunció ásperamente, contrayendo la frente

como si el esfuerzo de hablar le resultase insoportable.

En voz baja, inclinándose, susurró Ralston:

—Mathilde Clery desea saber si usted le concede hospitalidad.

El rostro adormilado, crispado en mueca de sufrimiento, se transformó en expresivo... Temor, asombro, duda...

Y después de expresar estos tres sentimientos, hubo recelo en los hermosos ojos grises:

—No sé de qué me habla, señor.

—Luke Ralston, detective privado, al servicio de la señorita Clery, en el «Hotel Regence», donde ya no puede continuar, a causa del reportaje publicado esta noche.

—Me ha explicado Louise, que un detective atacado en mi calle, fue auxiliado por Merval y Dupuis. ¿Les dijo usted...?

—¡Por favor, señora! El «ABC» del detective, por torpe que pueda ser, es tener pupila. ¿Cómo iba yo a citar a mí clienta, ante héroes de la Resistencia?

—Dios Santo... Es un compromiso atroz... Mathilde fue conmigo muy generosa en difícilísimas circunstancia, pero si Jean... Jean Dupuis fue mi marido... si Jean, que viene con frecuencia, llegase a ver en mi casa a Mathilde... Es un compromiso atroz...

Luke Ralston dio silenciosamente toda la razón a la amiga agradecida de la colaboracionista, y que era también la ex esposa y siempre amiga de un mutilado patriota.

Pero lo que dijo fue:

—Usted sabrá si puede confiar en su ama de llaves.

—Como en mí misma. ¡Pobre Mathilde! Vaya a buscarla, pero sobre todo, procure que nadie pueda averiguar que ella viene a mí casa. Yo estoy por encima de toda sospecha, pero... si llegara a enterarse Jean...

—Volveremos lo antes posible, señora Dartez, y descuide. Salvo usted, su ama de llaves, la propia interesada en callar, y yo, nadie ha de saber nada. Que no me acompañe Louise... Dejaré la verja entreabierta, o si tiene una llave...

—No es desconfianza, pero preferiría que Mathilde me confirmara telefónicamente lo que usted dice.

La Prensa ronda el hotel, y, posiblemente, tendrán intervenida la línea que comunica con las habitaciones...

—Soy tonta... Mathilde no hubiera revelado a nadie nuestra amistad, a no ser alguien de su plena confianza. Perdone, señor Ralston. Tengan prudencia, sobre todo.

Luke Ralston corría ya hacia la verja, y tardó cinco minutos en llegar al puente Maillot, que atravesó hasta encontrar la parada de taxis.

Realmente; había escogido Mathilde Clery un buen refugio. Nadie la

iría a buscar en la torre donde, con frecuencia, se presentaban hombres como Raul Merval y Jean Dupuis...

Pagó, apeándose en una de las esquinas de Rond Poin de los Campos Elíseos, para penetrar en el locutorio telefónico de la Central y marcar el número del «Regence» pidiendo por el gerente.

Y al obsequioso saludo, contestó:

—Ralston al habla. Que se incruste el auricular Eben Smith.

Poco después, la gangosa voz del agente secreto, manifestaba:

—Sin novedad. La doncella contratada por la dama en litigio, estuvo en su habitaciones, y ya dispuesto todo el equipaje, lo llevó a los sótanos, por la escalera de servicio. Luego, la doncella se ha ido con el equipaje.

—¿A quién puedo comunicar las novedades?

—Escríbalas y las entrega al gerente. Vuelvo a mí observatorio.

Luke Ralston hizo un resumen escrito de lo sucedido entre su salida del hotel y su despedida de Yolanda Dartez. Cada vez le gustaba menos ser «caimán», pareciéndole que traicionaba la amistad de Yolanda Dartez hacia una mujer en la que el Servicio Secreto centraba el mayor interés.

Hecho su informe, cogió otro taxi, abandonándolo en la calle trasera del hotel, para emplear la entrada del servicio.

Un botones fue a buscar a «Eben Smith», que resultó ser un individuo con aspecto de profesor erudito y endeble, en cuya solapa las dos rositas desentonaban.

Había brillo acerado tras las gafas del agente secreto.

—Por especial concesión de la gerencia, Mathilde Clery espera en el garaje particular de los coches de diplomáticos alojados en el hotel. Supongo que ella deseará, tan pronto llegue usted, ir en busca de un taxi.

—Estoy de taxis hasta la coronilla, viejo Eben. Aquí está el resumen de mis andanzas nocturnas. Adiós o hasta otra, Eben Smith.

—La Prensa acecha, pero no se ha enterado de la maniobra de la dama Clery.

Bajaba ya Ralston una de las escaleras, la que llevaba una flecha con el letrero: «Cuerpo diplomático».

El pañuelo azul, el abrigo ligero de grandes solapas, y las katiuskas, aparecieron en el rellano, y ávidamente inquirió Mathilde Clery:

—¿Y bien? Ha tardado usted horas...

—Incidencias ajenas. Yolanda consiente.

—Es preciso encontrar un taxi, y salir sin que...

—Por la puerta de proveedores, y no se envuelva tanto, que proclamaría quién es, escondiéndose como un caracol.

Se asió ella al brazo del que, volviendo a subir, caminó por uno de los pasillos, hacia la salida destinada a los proveedores.

En la calle reprimió ella un estremecimiento. Y con sus dos manos en

torno al bíceps izquierdo de Ralston, reclinó su cabeza contra el hombro masculino, en postura de abandono amoroso.

—Todo va bien, patrona. Unos pasos más, y cualquier taxi, en dos etapas, nos dejará a salvo.

—Mi doncella espera en la esquina Williers-Monceau, con mi equipaje que ya habrá trasladado a otro taxi.

—¿Qué doncella?

—Marion Farlain, una muchacha a la que los resistentes fusilaron el novio. He tenido tiempo de estudiarla, y ha accedido a pasar a mí servicio.

Llamar a un taxi, meterse dentro, dar la dirección donde esperaba Marion, fueron cosas maquinales. Hervía el cerebro de Luke Ralston.

Marion Farlain, la morenita rolliza, un novio fusilado por los resistentes... pasaba al servicio particular de la que pronto iba a saber que el detective del hotel, no había llegado cuatro meses antes, sino el mismo día que ella, ocupando la vecina habitación.

Aquella complicación no estaba prevista por el mando, aunque el gerente habría ya comunicado la novedad...

Un fallo lamentable en los engranajes del Servicio Secreto. ¿Cómo demonios destinaban en el rellano del primer piso, para atender a la «dama Clery», a una muchacha cuyo novio habían fusilado los resistentes?

Marion Farlain, vestida de calle, resultaba menos frívola, más modosa, cuando junto a un taxi, repletos los porta-bagajes, asintió mientras Luke Ralston y Mathilde Clery, pasaban de largo por la acera, después de apearse de un taxi, y veinte metros más allá, subían a otro.

—Siga aquel taxi —indicó Marion, instalándose.

Y no fue por telepatía que ella pensó en la posible tribulación mental de Luke Ralston, desde que había sabido que era ella, la novia del fusilado por los resistentes, la que había sabido ganarse la confianza de Mathilde Clery, generosa en el pago.

Los dos taxis, a poca distancia uno del otro, penetraron en la Avenida Tilleuls.

CAPÍTULO VII

En el salón-estudio, Yolanda Dartez, en silencio, recibió el abrazo vehemente de Mathilde Clery.

Por una escalera iban subiendo al piso alto el ama de llaves y Marion Farlain, llevando los bagajes.

Luke Ralston permanecía cerca del umbral, esperando a ver cómo se resolvía la escena entre las dos amigas. Por fin, la escritora, desprendiéndose del abrazo, encendió, nerviosamente, un cigarrillo, haciendo antes chocar en la mesita, el encendedor, y conservando en el rostro la expresión de sufrimiento...

Mathilde Clery habló con patética voz trémula:

—Es horrible saberse perseguida como una fiera por todos. Mi gran pecado fue amar a un hombre que no era francés...

La interrumpió la escritora con un ademán tajante de la mano que sostenía el cigarrillo:

—No me debes ninguna explicación, Mathilde. Gracias a ti, pudo salvarse leon de la muerte atroz que le esperaba cuando cayó prisionero de la Gestapo. Accedo a que permanezcas en mi casa todo ese tiempo que quieras, pero para nada bajarás a esta planta, ya que Jean Dupuis tiene llave, y entra cuando quiere. Es un hombre admirable, y podría admitir que gracias a tu intervención se salvó, pero odia a los malos patriotas. Perdona, Mathilde. Y ahora, dime, ¿quién es esta muchacha que has traído contigo?

—Quise descargar de trabajo a tu ama de llaves. Además, tendré en ella una compañía segura para todo lo que desee.

Y, entonces, pareció darse ella cuenta de la presencia de Ralston.

—Me olvidaba... Ahora, gracias a la generosidad de la señora Dartez, estoy aquí a salvo. Por lo tanto, dígame en cuánto debo indemnizarle por sus servicios, Ralston.

—Estoy pagado de sobras, y si usted ya no me necesita, volveré al hotel.

Avanzaron las dos mujeres, y Mathilde Clery, fijó en Ralston sus pupilas, cambiantes, que exteriorizaban ahora una súplica.

—Sé que usted no dirá dónde me encuentro, Ralston. Sé, que puedo confiar en usted plenamente. Pero los periodistas le preguntarán.

—Y yo diré que usted me dio el esquinazo. Ha de comprender que no quiero comprometer a su amiga, que le ofrece hospitalidad. De todos modos, si me necesitan para algo, basta que telefonee a la «Agencia Orbis».

Intervino Yolanda Dartez:

—Le atacaron en su primera visita a mí casa, señor Ralston. ¿Tenía el ataque, relación con mi amiga?

—Por ahora, lo ignoro. Lo que sí puedo afirmar es que me siguieron, pero yo bajé del taxi delante de otra casa.

—Jean acudió en ayuda del señor Ralston —expuso la escritora.

—¡Dios Santo! —exclamó, atemorizado el semblante, Mathilde Clery...

—No se inquiete. Nada le dije a Jean Dupuis de usted. Bien, vuelvo al hotel, pero antes pasaré por la Agencia.

Luke Ralston salió sin haber conseguido ver de nuevo a la deliciosa morenita, que añadía a sus encantos, un interrogante para pensar más en ella: ¿diría a Mathilde Clery que su detective, había llegado el mismo día que ella llegó?

Al salir, sé adosó a la verja que acababa de cerrar la adusta y corpulenta ama de llaves.

La avenida ofrecía zonas intermedias de escasa luz. ¿Habrían vuelto Mac Gregor y sus asociados, para tomar revancha del detective remiso a «charlar»?

Anduvo rozando los muros de rejas tapizadas, deseoso de llegar cuanto antes frente al comandante Harold B. Mattison.

Y experimentaba de nuevo la agradable sensación del peligro que podía surgir de cualquier sombra. Pero cuando llegó sin novedad a un bar de la concurridísima Place Mailot, y telefoneó al número que le había dado el comandante Mattison para casos urgentes que exigieran comunicación directa, Luke Ralston estaba de nuevo más convencido que nunca que él no servía para «caimán».

Le fue comunicado que el comandante Mattison acudiría inmediatamente a su despacho, y colgando el auricular, Ralston se encaminó hacia allá.

Empleó la entrada posterior, que daba acceso a dependencias civiles de economatos, y que evitaba que los agentes secretos pudieran ser identificados al emplear el acceso principal del edificio donde radicaban los servicios aliados de información.

Le esperaba ya en el despacho, el comandante Mattison, vestido de paisano. Todo un «dandy» viril, de los que fotografiaban las revistas de mundanidades en Boston, pensó el ex sargento.

—Siéntese, Ralston. He leído ya su informe escrito. Explíqueme ahora su actuación desde que condujo a Mathilde Clery a otro sitio.

—Vengo algo mareado de tanto saltar de taxi en taxi, señor. Y celebro que ella, que tiene contratada a Marion Farlain, haya rescindido mi contrato de guardaespaldas. Mire, me costó horrores tener que poner cara de caimán, cuando ella me decía que estaba segura de que yo no delataría su nuevo refugio, y aquí estoy chivándome...

—Usted se deja llevar por una impresión errónea al creer que engaña a una mujer, porque tenga bien seguro una cosa: puede que ella haya confiado en usted, o puede que no, pero lo cierto es que Mathilde Clery trae de cabeza a mucho personal nuestro.

—Pero a mí, ya no, porque me ha despedido, y le dije, pero de boquita para fuera, que si me necesitaba telefonease a la Agencia esa. Y si ahora vuela, a mí que me registren.

—No volará.

—Pero no tardará en saber que yo soy un caimán, porque se lo dirá Marion, cuyo novio fusilaron los franceses. Y este lío no estaba previsto por el mando.

—Estaba previsto desde el momento en que se dio la «suite» 6 del «Regence» a Mathilde Clery.

—¡Sopla! Oiga, jefe, no me salga ahora con que el bombón llenito de dulce, es agente del «S.S.» nuestro. Mathilde sabe que los resistentes fusilaron al novio de Marion, y por lo tanto esta la servirá fielmente.

—Mi joven amigo Luke: estos últimos años, han afectado a todos los franceses, de un modo u otro. Marión Farlain estaba colocada en el hotel, y no pertenece a nuestro servicio.

—Vaya... Me alegra.

—Pero Marion Farlain, que fue sondeada por el gerente, odia a cuantas personas se relacionaron amistosamente con la Gestapo.

—Escuche, señor... Bórreme de la lista, porque mi inteligencia no alcanza las sutilezas de toda esta «operación caimán», donde el que es, no es, y el que no lo parece, lo es. ¿Cómo diablos Marion va a odiar a Mathilde Clery, si precisamente fueron los patriotas franceses los que se cargaron al mozo que le hacía latir el corazón?

—Marion es sensata. Reconoció por sí misma que su novio, al recibir ofertas de dinero de la Gestapo, perdió la dignidad. No lo ha pregonado, pero ella inculpa íntimamente a la Gestapo, la responsabilidad del fusilamiento. Por lo tanto, para Mathilde Clery, Marion es una muchacha sin fortuna, que odia a los vencedores, y que puede serle útil, o sea, que ya no debe ocuparse de Mathilde Clery, porque todo el plan ha resultado perfectamente. Si ella podía sospechar de usted, no sospechará de Marion, y cualquier intento de huir o ponerse en contacto con Rolf Ginkaus, lo sabremos.

—¿Aceptó Marion por amor al riesgo?

—Aceptó ganarse la confianza de Mathilde Clery, porque fue precisamente Rolf Ginkaus el que pagaba espléndidamente las traiciones de ambiciosos como el fusilado Roger Breteil. La mejor presentación para Mathilde, la tuvo Marion al citar su noviazgo truncado, a preguntas de tal dama, que, entonces, recordó la acción en la que varios resistentes fusilaron

a varios traidores, entre ellos Roger Breteil. Y el micrófono grabó la sinceras lamentaciones de Mathilde Clery. Bien, este asunto ya queda, de momento, encauzado. Ahora, mi joven y muy querido energúmeno, ¿tiene la bondad de informarme por qué desobedeció mis instrucciones?

—Me lo veía venir... ¿Se refiere usted a la «toma de contacto» con el «gang» de Lewis Mac Gregor?

—Sea sincero como siempre, Ralston.

—Podría decir que yo andaba de bólico, con dos misiones a la vez. Dar otro falso escondite a la rubita Clery, el primero. Pero lo reconozco... Me reventó la pose de perdonavidas de Mac Gregor.

—Comprendo. Usted invitado por cuatro energúmenos, se creció.

—De todos modos, si no llegan a intervenir el capitán Dupuis y el otro resistente, creo que todo habría salido a pedir de boca, jefe.

—¿Sí? Tenga la bondad de ilustrarme.

—Los muchachos me hubieran noqueado, y yo habría quedado declaradamente como un privado, a quién no se mete así como así en un sedán para llegar a un acuerdo. Se entrometieron dos buenos ciudadanos... y por cierto, cuando el capitán Dupuis se entere que su última cónyuge ha dado hospitalidad a una colaboracionista, se van a quedar sin sueldo ustedes.

—Los informes de Jean Dupuis, lo presentan como un valiente dotado de gran corazón. Y no creo que Yolanda Dartez, en su propio interés, porque desea reanudar la vida conyugal con su ex marido, cometa la menor imprudencia. Un día u otro, Mathilde y Marion irán a otro sitio, y, entonces, puede que surja Rolf Ginkaus. Volvamos a lo suyo, Luke. ¿Está contento de su labor?

—Ni pizca.

—Lo celebro. ¿Quiere enmendar el paso en falso?

—¿Cómo?

—Mañana, en su edición matutina, la Prensa publicará con sus pelos y señales, que el detective privado Luke Ralston, de la «Agencia Orbis», ayudó a Mathilde Clery a evadirse del cerco periodístico, puesto al hotel. Naturalmente, siendo usted yanqui y por añadidura, un detective particular, los franceses no pensarán tomar represalias. Pero los que supieron esperarle, y tuvieron que aplazar la charla, volverán a la carga. Tendrá que aguantar la primera tarascada, muchacho.

—Procuré que sea suave. Esto ya me gusta más. Lewis Mac Gregor coge el periódico, me ve retratado, y palpándose las cejas, se acuerda de mi codo, y me busca. ¿Dónde?

—«Agencia Orbis», por favor —y fingió telefonear Mattison—. ¿Tienen la bondad de darnos la dirección particular del detective Ralston, al que queremos contratar? Y la Agencia, que percibe un porcentaje,

tomará el nombre falso del cliente, y dará su dirección. Esta.

Colocó Mattison sobre la mesa una tarjeta mecanografiada, que leyó en voz alta Ralston:

—«Distrito de las Halles, calle Chahut, bajos, izquierda».

—Allí tiene sus cosas, y allí puede desde esta noche alojarse. No serán tan cándidos como para visitarle directamente. En la calle Chahut, hay una serie de cafetines al estilo del que regenta Abd-el-Kader. Frecuéntelos, y espere los acontecimientos. Para los del «gang», usted sabe dónde está Mathilde Clery. No lo matarán por lo tanto... hasta no tenerla a ella en su poder. ¿Va comprendiendo?

—¡Vaya que sí!

—Buscarán el medio de atraerle, indirectamente. Y como usted no podrá llevarles a donde quiera, sino que ellos le llevarán a usted, conviene que afine. Siga siendo como es, un hermoso ejemplar de bruto con seso, imagen del clásico privado, y recuerde solo eso: no le matarán, porque usted sabe dónde se esconde la millonaria.

—¿Y dónde digo que se esconde?

—En un «garni»¹, del callejón Mansart, travesía de veinte números que desemboca en la calle Bergère, cercana a su alojamiento. Tendrá un «Eben Smith» a su disposición en el mismo sitio, y al que ya conoce, en el bar de la esquina del callejón Mansart. Ahora bien, pies de plomo, Luke, porque tan pronto ellos puedan «charlar» con usted, no le soltarán, y todo quedará a su iniciativa, porque no podemos prevenir cómo decidirán secuestrar, o si envían antes a alguno a cerciorarse que en el número siete del callejón, piso segundo, izquierda, está ella.

—¿Y si van?

—Les informarán que hay una mujer rubia, correspondiendo a las señas de la que ellos piden, en el segundo, izquierda. Pero que solo abre a su visitante: usted.

—Bueno. Eso me gusta. Ellos telefonearán a la Agencia, y les darán mi dirección. Acecharán mis pasos por la calle Chahut, y el resto ya lo iré viendo. Eran cuatro, ¿cree usted que pueden ser muchos más?

—Ya lo sabrá usted. No tiene ahora el complejo de sentirse caimán, ¿verdad, Luke? Ellos le matarán sin la menor vacilación, si huelen engaño. Y si van con usted al «garni», lo llevarán de modo que al primer disparo, usted encaje el segundo.

—Voy prevenido. Ellos ahora irán a cazarme, y los meteré yo en la cesta. Estos trabajitos sí que me convencen, jefe.

—Suerte, Luke —deseó Mattison, tendiendo la diestra—. Y recuerde que usted, por sus especiales características, es el más indicado en todo nuestro servicio, para terminar con el «gang». Y desde este mismo instante, más que nunca, desconfíe de todo el mundo, porque tipos como Lewis Mac

Gregor no transitan mucho, y deben tener «ganchos». Ellos solo actúan en los momentos decisivos de violencia.

Eran más de las dos de la madrugada, cuando Luke Ralston tomaba posesión de su nuevo alojamiento en la calle Chahut.

Un viejo edificio de dos pisos, exclusivamente destinado a «garçonnières», departamentos que debieran tener por inquilinos a solteros, pero que eran también habitados por horas, aunque pagaban el alquiler del entero mes, por varones casados y sus aventurillas.

La aventura de Luke Ralston estaba marcada por la señal que dejó en la mesita a la cabecera del diván-cama: el revólver.

Examinó el departamento, compuesto de salón despacho en su entrada, un teléfono en la alcoba que parecía un estudio, y un diminuto cuarto de baño, en conexión con una diminuta cocina electrificada.

Comprobó la discreción asegurada de las ventanas, y después el funcionamiento de la ducha.

Cuando en calzón corto, se tendía en la cama, apagadas las luces, respiró a gusto, profundamente. Le gustaba ser el detective «duro de pelar», en espera del gancho lanzado por Lewis Mac Gregor y Cía. ¿Cuál sería el gancho de abordaje?

Un interrogante grande, que fue empequeñeciéndose al ir sumiéndose en las brumas del sueño, y que adquirió primero la forma de una boquita sensual, que al pronunciar ciertas vocales, parecía un corazón.

Por último, abrazado a la almohada, el interrogante se había desdoblado en las encantadoras líneas curvas de la doncellita Marion.

CAPÍTULO VIII

A las once de la mañana, afeitado, duchado, y volviendo a vestir cómodo, con el pantalón de franela gris, la camisa a cuadros grises, y la cazadora de cuero, Luke Ralston pisó la acera, con alegre decisión.

Ya no se trataba de llevar engañada a una, mujer, sino engañar a un «gang» de secuestradores asesinos. Un panorama, lleno de gratas sugerencias, para el que necesitaba la droga de la emoción que embriagaba, esclavizando con más fuerza que cualquier otra pasión.

Lo hermoso de vivir, era tener a cada instante presente que se podía morir, había definido su gran amigo Barry Morgan. Y tras la lucha, al sobrevivir, el menor detalle que para un hombre corriente, pasaba inadvertido, adquiría enorme valor.

Un tibio sol, que podía ser el último en sentir acariciante, aquella muchacha aupada en el alto taburete, sorbiendo con golosa concentración, su batido de vainilla, podía ser la última visión del encanto femenino, percibiendo en gentil escorzo, a través de los ventanales por los que acababa de entrever su silueta.

Y volvió a recordar a Marion. Si no era amor, poco faltaba...

Un día espléndido, que invitaba a sentarse en la terraza de aquel café simpático, con su toldo multicolor, sus medios barriles que eran macetas de pequeños arbustos...

Instalado en una esquina, saboreó el desayuno típicamente francés. Un camarero paternal, le trajo la varilla en que se insertaban los periódicos.

Se encontró bastante parecido en la foto de la tercera columna de primera plana, y era emocionante verse retratado así, como una personalidad.

No importaba que el periódico fuera de los sensacionalistas para porteras, al igual que el reportaje. Resultaba agradable verse retratado y comparado a una especie de «gangster» camuflado...

«EL MERCENARIO ALQUILADO POR MATHILDE CLERY.

»Ayer noche comunicábamos que en uno de nuestros mejores hoteles se hallaba Mathilde Clery, cuya imprudencia había llegado al extremo de blasonar de su dinero, que le permitía pagar a la agencia de detectives privados «Orbis», el crecido sueldo de un mercenario especializado en dar escolta.

»Sabemos comprender que un privado es un trabajador que recibe una paga, y el trabajo que ningún detective francés habría

aceptado, lo ha hecho Luke Ralston, norteamericano, y bien, al conseguir engañar la vigilancia periodística.

»Su cliente ya no reside en las lujosas «suites» del hotel céntrico. Esperamos que las autoridades civiles conseguirán un mandato de citación contra Mathilde Clery, tan pronto, cualquier colega nuestro, sepa el paradero de la sirena de Rolf Ginkaus.

»El detective Ralston nos halaga con su predilección por París, pero siendo la suya una agencia internacional, ¿no podría ir a lucir sus habilidades en otras capitales más necesitadas de los recursos de estos sinuosos caballeros que el cine de su patria de origen, nos han presentado muchas veces como ambiguos y poco escrupulosos?»

—Qué bueno —sonrió, satisfecho, Ralston.

Dejó transcurrir una hora en aquella terraza, y con desencanto, fue comprobando que todo el mundo se comportaba normalmente en su panorámica.

Adquirió una novela policíaca prometedora por el título, cuya lectura interrumpió en el capítulo segundo, donde el detective privado, colocadas las piernas sobre la mesa, recibía la visita de dos «gangsters»...

En la mesa de al lado, una mujer se inclinaba para recoger el bolso que acababa de caérsele. Llegó antes la diestra de Ralston...

—Muchas gracias —dijo la espléndida morena.

—Por entero a su disposición —sonrió, cínicamente, él.

Ya entraba en funciones el «gancho», que después le echaría un narcótico en el aperitivo, o le llevaría a un local divertido, uno de esos sótanos de apaches que no serían trucados...

Pero la morena volvió la espalda, demostrando no querer continuar la conversación, moviendo la silla de lugar.

Bien, podía ser un condimento para hacer digerible el guiso, meditó Ralston. Pero no pasó un minuto cuando llegaba un individuo de edad madura, pagaba la consumición, sin sentarse, y ambos se iban.

Luke Ralston prefirió continuar con la lectura. A las dos, penetró en un restaurante, y media hora después, se tendía en el diván-cama de su departamento.

Estaba demasiado impaciente para recibir la primera paliza de bienvenida, que era de presumir sería como le acogerían Mac Gregor y los suyos.

Una paliza que procuraría fuera «suave», y cuyo desquite sería sonado...

Leyendo, llegaba al instante en que el detective ingería el sexto *whisky*, acariciando el brazo satinado y terso de la vampiresa rubia, cuando saltó para agarrar ávidamente el teléfono, por cuyo auricular sopló una voz

femenina:

—¿Me hace el favor de llamar al detective Ralston?

—¿De parte de quién?

—Es asunto personal. No me conoce el señor Ralston.

—En estos mismos instantes, vamos a conocernos. La oreja izquierda de Luke Ralston, toda suya.

Una risita, precedió el comentario:

—Ser zurdo es otra habilidad, señor Ralston. He solicitado de la «Agencia Orbis», su dirección. No quise ir directamente a su domicilio particular, pero si no tiene inconveniente, ¿puedo pasar a consultarle?

—La espero.

Colgó Ralston el auricular, y, seguidamente, procedió a devolver la cama a su estado de diván, yendo después al salón-despacho.

Entretuvo la espera tratando de deducir por la voz oída, el aspecto físico de su consultante. Un detective sabía sacar punta de cualquier detalle: pero el mejor de ellos, tendría que sujetarse al mismo método que estaba empleando para deducir cómo sería la que vendría a visitarle. Esperar a verla.

Vendría con un cuento misterioso, razonable, interesantísimo...

Se abalanzó a la puerta, pero sin descuidar la elemental precaución de abrir, sin presentar blanco, y dispuesto a emplear como abanico la misma puerta, si había caras como la de Mac Gregor.

Pero entró y sola, una mujer de unos treinta años, que buscaba en torno al que había abierto, y que lo descubrió al tiempo que la puerta se cerraba.

—Buenas tardes, señor Ralston.

Señaló él una silla a un lado de la mesa americana de curvada persiana cerrada, yendo a instalarse ella con pudoroso recato.

Sin ser detective, Luke Ralston dedujo rápidamente dos cosas: le faltaba pintura al rostro, y aquel gesto de estirarse la falda, formaba parte de la lección.

Había conocido muchas de aquel gremio, bebedoras de una sola copa en largas horas de espera en un bar, o noctámbulas a la fuerza, por tener que acudir a oficinas que funcionaban al compás de orquestas.

No estaba mal, y debía de haber elegido las prendas menos llamativas. Una boina gris, ladeada sobre la melena color caoba, una blusa blanca, un dos-piezas gris, medias del mismo color en matiz más oscuro, y sencillos zapatos negros, de alto tacón.

El rostro era vulgar, y los grandes ojos verdosos tenían expresión de rumiante contemplativo.

—He intentado recordarla, pero me es imposible.

—Me llamo Ginette Olivier, y he leído esta mañana Su caso.

—¿Mi caso?

—Usted protegió a una mujer que estaba en circunstancias parecidas a las mías. Cuando los alemanes entraron en París, yo era cancionetista, y cuando volvieron a abrir el local, yo tenía que continuar atendiendo a mis necesidades. Conocí a alemanes, ¿es mía la culpa?

—Por favor, Ginette, que yo soy neutral. Prosiga, pero no está ante un fiscal.

—«¡Oh, la, la!» —exclamó ella, con cierta melancolía—. En mi barrio, salió un fiscal improvisado que quiso que me cortaran el cabello al rape.

—Le ha crecido de prisa, Ginette.

—Es que pude escapar, y ahora vivo en las afueras.

Luke Ralston sonrió complacido. Ya empezaba a salir el meollo del cuento...

—No dudo que pronto se apaciguarán los ánimos, y podré circular tranquilamente, pero aun quedan gandules rencorosos, porque los verdaderos franceses no se ocupan de una pobre canzonetista, que siguió trabajando durante la ocupación, porque hemos de vivir, ¿no?

—Naturalmente. ¿Y yo, qué pinto en todo esto, Ginette?

Volvió ella a reprimir una sonrisa. Era indiscutible que admiraba al «vrai-de-vrai» que había magullado a tres atletas, y que empleaba un estilo apropiado al gusto de escépticas canzonetistas.

—Pregunté en la agencia si usted estaba libre, y me dijeron que sí.

—Terminé a altas horas de la madrugada mi servicio al que hace referencia la Prensa. En París son algo exagerados, al conceder tanta importancia a mi labor. ¿De qué se trata, Ginette? ¿Ayudarla a mudar de domicilio?

—Verá... Hasta hace unos días, exactamente tres, yo estaba tranquila en mi casa, donde vivo con una amiga, que trabaja de maniquí. Por suerte, conseguí hacer ahorros, y sin ser rica, puedo permitirme el estar aún cierto tiempo inactiva... y pagar lo que usted me pida por resolver mi problema.

—Adelante con nuestro problema.

—¡Gracias! ¿Acepta usted, verdad?

Ginette Oliver, en las canciones en que tuviera que demostrar sentimientos de gratitud, no podía tener ningún éxito.

Luke Ralston hizo balancear el eje giratorio del sillón, y en su mirada debía haber un exceso de su habitual temple de guasa, porque ella, con cierta inquietud manifestó:

—¿Por qué se ríe usted, silenciosamente, señor Ralston?

—Porque no tengo derecho a su gratitud, puesto que pienso cobrar.

—Ah... Pero no importa. Usted puede salvarme del apuro en que me veo.

«Y tanto, pensó él. Si no me llevas a tu casita de las afueras, te van a zurrar».

Dijo:

—Estudiemos este apurillo, Ginette.

—Vino hace tres tardes, hacia las cinco y media, un hombre, y si le abrí, fue porque pensé que era Gascón, uno de los conocidos de mi amiga la maniquí. Cuando me di cuenta de mi error, él estaba ya dentro, y me empujó brutalmente. Sé defenderme, pero es un bestia... Dijo que la noche anterior me había visto, y reconocido. Que había esperado a que se fuera mi amiga, y que si yo quería esperar tranquilamente a que amainará el temporal, esas fueron exactamente sus palabras, debía pagarle convenientemente.

—¿Chantaje, eh? Nada, mi especialidad. Espero que no le habrá usted dado ni un céntimo.

—Dije que no tenía dinero disponible, y me prometió que si al día siguiente, a las seis, no le daba cincuenta mil francos, me arrepentiría. Se los di.

—Vaya...

—Pero ayer volvió, pidiéndome otros cincuenta mil. Protesté, y se fue, asegurándome que si esta tarde de cinco a seis, no le esperaba con cincuenta billetes de mil...

—Magnífico. Y usted pensó que con los chantajistas ocurre como con los tíos vivos, que siempre dan vueltas. Bien, son ahora las cuatro y veinte, salvo error de mi reloj. Yo me las entenderé con su rufián. Si le meto en cintura, usted me paga los cincuenta mil, y a otra cosa.

—Gracias, señor Ralston. He venido en el coche de un conocido antiguo... No me atrevo aún a pasear a pie por mi ciudad.

—Lo comprendo. ¿Es de confianza el que lleva el coche?

—Absoluta. Es el hermano de mi amiga la modelo.

—Adelante, pues.

Ella, en pie, le miró como podía mirar a un guapo y atlético boxeador que en el «ring», antes de iniciar el combate contra el campeón mundial, llevaba todas las de perder...

—Es usted joven, señor Ralston.

—Veinticinco años tiernos.

—Parece más...

Abrió Ralston la puerta, cediendo el paso, y ella casi corrió hacia el coche que esperaba. Modelo sedán, pero «ya» no era negro.

Brillantísimo gris perla, estucado como un espejo, y posiblemente, el «ducco» se había secado un par de horas antes.

Instalado en el asiento posterior, contempló el perfil del individuo que, apoyada una mano en el volante, preguntó:

—¿A dónde vamos ahora, Ginette?

—A casa, Jacquot.

El llamado Jacquot recuperó la normal postura, corriendo el cristal de separación entre los dos compartimientos de la cerrada carrocería.

Ella se esquinó por completo, y cruzadas las piernas, continuó contemplando con lástima admirativa al detective que había caído en la trampa.

Luke Ralston ya no tenía la lista-fichero para consultarla en busca de un parecido con el que conducía. Y, seguramente, no debía estar en la lista de desertores, porque hablaba un francés legítimo.

Se removió ella para sacarle de su ensimismamiento.

—¿En qué está pensando, Ralston?

—En todo y en nada. ¿Está lejos su casa?

—En la carretera de Charenton, en el grupo de pequeñas granjas avícolas. Unas casitas muy monas, tranquilas, en el centro de terrenos donde los hay que explotan...

—Gallinas, y todo eso y tal.

—Mi amiga dice que cuando tenga más años, tiene el porvenir asegurado con el producto del terreno y corrales.

El coche atravesaba ya el Puente Nacional, dejando atrás el cinturón de fortificaciones del antiguo París...

—Conduce bien Jacquot —opinó Ralston.

Ella rio con creciente nerviosismo, que le era necesario disimular, a medida que se aproximaba el sedán a la carretera de Charenton.

—Antes alquilaba su coche como taxi, pero ahora tiene clientes particulares. Me hubiera gustado conocerle antes, Ralston.

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

Jacquot debía de tener sus papeles en regla, y podía, por lo tanto, circular libremente. Algunas noches cedería el coche a la banda, o quizá si las ganadas eran crecidas, lo conducía él mismo.

Notó la tibia proximidad de la que presentaba la boca...

Rebuscó hasta dar con su mechero, y aplicar la llamita al extremo del cigarrillo «Camel», mientras del paquete que ella le ofrecía, cogía un pitillo.

Pero ella ya no volvió a su esquina... Experimentaba, sin duda, las mismas sensaciones de la hetaira romana conduciendo al circo al gladiador.

Cuando se hizo demasiado significativa la oferta, Ralston sonrió con dureza, mientras su zurda abierta, aprisionó la garganta femenina, suavemente.

—Estando de servicio, soy mármol puro, Ginette. Ya te pasaré la cuenta a su debido momento.

Se retiró ella, defraudada. Aquellos americanos de hermosa estampa, carecían del fácil espíritu inflamable latino...

Iban espaciándose los edificios, convirtiendo ya la cinta asfaltada hasta

entonces urbana, en carretera de extrarradio.

Se avecinaba el momento malo: la recepción violenta, en la que debería tomar parte activa, para conseguir cuanto antes el fuera de combate, preliminar, prólogo de ablandamiento del «detective-que-sabía-dónde-estaba-el-botín».

El sedán penetró por una carretera lateral, de la que partían caminos en red por la colina del grupo urbanizado que llevaba el poético nombre de «Granges Lilas».

Jacquot detuvo el coche al final de uno de estos caminos. Una empalizada de barrotes pintados de verde, dejaba ver el vergel, donde a un lado, había dos gallineros, establo y silo, extendiéndose a unos treinta pasos, la casa de una sola planta, de aleros inclinados.

Expuso ella, al ir a bajar:

—Jacquot tiene que volver a la ciudad.

El llamado Jacquot apenas hubo bajado Ralston, dio marcha atrás con pericia, conduciendo hacia la carretera, que en espiral reunía todos los ramales del grupo de casitas-granja.

Ginette Olivier había ya abierto la empalizada, y caminaba aprisa hacia la casa.

CAPÍTULO IX

Habían sido rotundamente eficaces, y casi misericordiosos, fue pensando a medida que recobraba el sentido. Pero siguió tumbado boca abajo sobre la alfombra, relajados todos los músculos, cerrados los ojos, y con aquel conocidísimo sabor a hierro y sal en el paladar, que inunda las glándulas salivares del que sangra por la boca.

Apenas había cruzado el umbral de la puerta abierta por la que Ginette Olivier entró con un minuto de ventaja, a cada lado de la puerta, dos brazos habían avanzado, cogiéndole muñeca y codo.

Dos piernas se habían cruzado ante las suyas, para evitar que las empleara, y pudo el que se abalanzaba golpear de frente, con toda la ventaja.

Y con «oficio». Un puño en el estómago, primer tiempo. Inclinación hacia delante del visitante, segundo tiempo. El tercero y definitivo, un mazazo de arriba abajo del puño derecho.

Pero por si acaso, debieron de volverle a levantar con un toque de mano abierta bajo la barbilla y repetir el doble impacto, porque los trinos de pájaros continuaban en sus oídos.

Palpó la alfombra, que no era de buen género. Áspera, seguramente de esparto...

Ladeó más la cabeza, pestañeando, hasta que identificó las punteras de unos zapatos negros, y unas perneras azules...

La habitación era un comedor rústico, pero la mesa no estaba en el centro, sino a un lado. El centro lo ocupaba él por completo, y faltaba alfombra.

Se arrodilló en ella, sentándose sobre los tacones, y sacudiendo la cabeza...

Sobresalía una realidad: si aquellos cuatro individuos no tenían el menor reparo en enseñarle el rostro, era porque tan pronto supieran lo que les interesaba saber, ya nunca más en la tierra, volvería a verles.

Un procedimiento seguro el de aquellos cuatro que silenciaban a los secuestrados, cuando ya no podían dar más de sí.

Oyó la voz conminatoria, de Lewis Mac Gregor, procedente del bufete, en la esquina sudeste:

—Tienes los bolsillos vacíos, Ralston. Y prueba a ver qué te conviene más: otra zurra, o charlar.

En la esquina nordeste, había un magnífico ejemplar intermedio entre el gorila que era Mac Gregor, y un medio fuerte. En mangas de camisa, sujeto

del hombro izquierdo, el tirante con la funda de un rutilante nueve corto.

En la esquina noroeste, interceptando el paso hacia la cocina, el francés Jacquot. Llevaba, pues, más de cinco minutos besando la alfombra, puesto que Jacquot había tenido que llevar el coñac desde la carretera al garaje.

Fue levantándose y dándose masaje en la nuca, a la vez que bajaba y subía la cabeza, comprobando que sus articulaciones dolían, pero estaban en perfectas condiciones de uso.

La respuesta era peligrosa. Podía ser una invitación a nueva visita a la alfombra...

Se pasó el dorso de la zurda por los labios, limpiándose la sangre, mientras sobre sus tacones daba una lenta media vuelta.

En la esquina opuesta a la ocupada por Mac Gregor, un peso *welter*, de cara ceñuda, que miraba los pies de Ralston.

Lewis Mac Gregor se sentaba con la espalda contra el bufete, y el pecho en el respaldo de una silla ligera.

En mangas de camisa, sus antebrazos velludos y macizos, resaltaban sobre el por contraste frágil barrote.

Tenía en los ojos la misma expresión que los otros dos americanos: un absoluto indiferentismo, mortecino. No era la mirada inquieta de Jacquot...

—Ayer noche tenías más lengua, detective. No te muevas de dónde estás, y si quieres apostar algo, hazlo a que pierdes. Yo llevo este negocio, y no me duelen prendas. Si te conviene irte a vivir de renta lejos de este Continente, demostrarás que eres inteligente. Si te conviene apostar a que no vendrá nadie a tu entierro, inventa cualquier truco, y ganas la apuesta.

El de la esquina opuesta a la puerta comunicante con la cocina, se sentó, haciendo crujir sus dedos como entretenimiento...

Luke Ralston se pasó la lengua por los labios y dijo:

—Era buena el agua helada que bebíamos allá por los Estados.

—Ya la beberás cuando sea hora. Son interesantes tus papeles. Detective privado de la «Agencia Orbis», a la que te licenciaron por psicosis. ¿Conque eres sargento de «marines»?

—Fui, y quedé harto.

—Un cheque miserable que te firmó para cobrar hoy, y al portador, Mathilde Clery. ¿Para eso ganaste la guerra, sargento Ralston? ¿Para que una millonaria te haga una limosna de veinticinco mil francos? ¿Cómo no lo cobraste?

—Porque en el Banco donde ella tenga su cuenta, habrá periodistas rondando. Escucha, quién seas... Ayer noche yo tenía algo que hacer, y pensé que pudierais ser muchachos ayudando a resistentes...

Un rictus dilató la boca orificada de Mac Gregor, que dirigió una ojeada sardónica a las tres esquinas...

—¿Oísteis al detective? No da una en el clavo. Puedes arrimarte a la

silla esa, Ralston. Despacio y buenos modos.

Luke Ralston se dirigió rectamente a la silla equidistante de Mac Gregor, y del rubio que a sus espaldas siguió haciendo crujir a intervalos las falangetas de sus dedos...

La cabalgó, para reclinar sobre sus antebrazos la barbilla.

Lewis Mac Gregor dijo sin mirar a nadie, sino al espacio entre las dos punteras de los zapatos de Ralston:

—Fuera, Jacquot. Síguele, Normal. Quédate dónde estás, y deja ya de jugar a huesecillos, Arnold. Puedes recoger tus cigarrillos y el mechero, detective.

Adelantó Ralston busto y brazo, recogiendo del borde el paquete y el encendedor. Volvió a balancear la silla hacia atrás, hasta restablecerla en pie.

Lewis Mac Gregor fue ahora confidencial:

—Yo también soy sargento ahora, pero con un objetivo estupendo. Yo y estos dos paisanos nuestros, abandonamos el uniforme, porque no nos interesaba acudir al consejo de guerra. Había bastante dinero en la caja que nos llevamos, para encontrar casa segura, y dimos con esta, cuando la hermana de Jacquot se enamoró perdidamente de Arnold, el muchacho que tienes a tu espalda. Y yo monté el negocio: algo sencillo. Ginette trae aquí a individuos ricos, que no están tranquilos. Fueron algo amigos de los «Fritz», y Ginette lo sabe, como sabe dónde tienen casitas de campo, lejos de la capital. Pero ya escasea el género... ¿Vas captando la onda, Ralston?

—Estoy aún bajo los efectos del recibimiento, sargento.

—Llámame Lewis. Estás bastante bien en la foto de los periódicos. Vamos a ver qué tal respondes... ¿te importa mucho a ti la gente como Mathilde Clery?

—Me pagó bien...

—¡Infeliz! ¿Le llamas tú pagar bien, a este cheque? ¿Qué es lo que ella quiere en definitiva? Ver si puede largarse de Francia. ¿No es así?

—A mí me pagó para darle escolta.

El índice de Mac Gregor apuntó agresivo...

—¿A dónde?

—A un sitio más seguro que el hotel.

—¿Quieres que vuelvan los otros dos, y te machaquemos los sesos, idiota? Cuidado con creerte un superhombre... Para mí, tu pellejo tiene un valor igual al del pollo que nos cocinará Ginette.

Luke Ralston pisoteó la colilla. Era difícil ser el detective Ralston, cuando se le ocurrían tantos recursos netamente ofensivos. Uno, voltear hacia atrás, y emplear como parapeto al rubio Arnold, con cuya pistola eliminaba a Mac Gregor...

Contestó incisivamente:

—Ayer noche ofreciste un trato, Lewis. ¿Has pensado que yo no soy un pollo para una cena, sino que puedo ser la gallinita de los huevos de oro?

—No me digas...

—He captado la onda. Mathilde Clery pagaría un buen fajo a quién la llevase fuera de Francia. Yo tengo ya propaganda gratis, y acudirán a mí domicilio, otros peces... que no sean como Ginette. Doy la cara, y repartimos.

—Demuéstralo ya mismo. ¿Dónde está la Clery?

—No es que me resista a darte las señas del palomar, pero ella solo me abrirá a mí.

—Puede que lo que se abra, rajado de frente a cogote, sea tu duro cabezón. Antes aceptabas un reparto, y hasta prometías futuras aportaciones, y ahora fintas y das rodeos.

—Tu negocio es formidable, Lewis, si lo sigues llevando con calma. Ya sé, ya sé... Dirás que un detective es un sabueso, pero yo no lo soy porque tengo que vivir de algo, y me aceptaron en la «Agencia Orbis», pero si se me presenta una ocasión, no la desprecio. Estáis bien organizados, y tenéis un «gancho» formidable y un coche conducido por un francés respetable, con papeles en regla. Una madriguera que ni pintada...

—Menos coba, y al grano, Luke.

—Al grano: mi clienta, se ha metido donde nunca la irían a buscar, porque es una dama con remilgos. La llevé al segundo piso, departamento izquierdo, del «garni», número siete, callejón Mansart, travesía calle Bergère.

Lewis Mac Gregor se levantó, desperezándose. Tras Ralston seguía sentado el rabio Arnold, con su automática del nueve corto desenfundada.

Mac Gregor señaló la mesa junto a la pared opuesta y cercana a la puerta de la cocina.

—Hay cerveza, Luke. Y hay también mucha pupila contigo. Puede que intentes hacer billetes largos, o trates de apuntarte un tanto como detective... enterrado bajo el estiércol de una letrina granjera.

—Prefiero la cerveza —afirmó Ralston, yendo hacia la mesa.

Cada uno de sus menores ademanes era seguido atentamente por el rubio Arnold, mientras en la puerta de la cocina, Mac Gregor decía:

—Con tu hermana al número siete, callejón Mansart, Jacquot. Que ella trate de saber si su amiguita, la rubia y finísima Mathilde, atranca por dentro puertas y ventanas del segundo izquierda. Aprisita.

Vaciada la botella, Ralston la colocó esmeradamente tumbada sobre la mesa, y volvió hacia su silla, cambiándola de posición, para quedar de perfil a dos pasos de Arnold.

Entró en el comedor Norman, entornando la puerta de la cocina, y fue a sentarse a un lado de la mesa, dando frente a Ralston, mientras Mac Gregor

ocupaba la otra cabecera.

—Cuatro para un póker —sonrió Ralston.

—Me reiré mañana, suponiendo que tengas gracia. Y tu gracia consiste en saber la contraseña mediante la cual abre su puerta la finísima Mathilde.

—Morse. Escribo mi nombre a golpes de timbre. ¿Sencillo, verdad? Y lo repito tras una larga pausa. Ella abre... ¿y qué Lewis? La traes aquí, te firma un cheque por cantidad grande, y mañana vais al Banco a cobrar, ¿no?

—Preferimos el dinero en efectivo. Pero también puede Jacquot ir a cobrar un cheque.

—¿Y para qué repartir conmigo, verdad? Me sopla un plomo Arnold, o quien sea, y en boca cerrada no entran moscas. Pero habéis matado el «gancho» mejor que se os ha presentado. Si Mathilde daría un montón de dinero para poder escapar de Francia, otros habrá que vendrán en mi busca. Será un chorro incesante, mientras la cosecha dure. Si me matáis, tendréis más trabajo para encontrar clientes como la que os abrirá, porque basta que consultéis un diccionario para encontrar los toques que forman las cuatro letras de mi nombre.

—Es sensato lo que dices —aprobó Mac Gregor—. Si los hermanos Olivier vuelven con buenas noticias, haremos otros negocios, pero como este es el primero, tienes que aceptar una condición: permanecer aquí, atado de brazos y piernas a la silla, hasta que volvamos con ella. Te soltaré apenas entre el coche en el garaje, el que te vigile de cerca.

—Ella abrirá la puerta, que tiene cadenilla de seguridad. Y las mujeres chillan mucho cuando tienen los nervios como cuerdas de violín.

—¿Chillará? No, hombre, no... Le hablará con su bonito acento el guapo Norman. Nos envía el detective Ralston para conducirla fuera de Francia. «¿Por qué no ha venido él?». Porque ha tenido mucho trabajo en burlar a los periodistas que le acechan. ¿No quiere usted confiar en nosotros, señorita Clery? Buenas noches. Ya nos llamará, y si no lo hace...

—No lo hará, seguro que no.

—Siempre quedará el recurso de arriesgarnos a meterte en el coche.

Intervino Norman:

—Ginette inspiraría total confianza, diciendo que es la novia de este — y con el pulgar señaló a Ralston—. Va y toca el timbre del modo que yo mismo le enseñaré. «Mi novio Luke, no puede comprometerla, señorita Mathilde, porque si viene le seguirían. Yo la llevaré en mi coche, al sitio desde el que podrá usted llegar a Suiza, tranquilamente». Nosotros mientras vigilamos a este, y cuando llegan los hermanos Olivier con la paloma, este habla del dinero que cuesta montar el servicio de transporte al extranjero.

—Ella solo consentirá en abandonar su refugio seguro, si la invito yo. Pero no importa, muchachos... Haced todas las pruebas necesarias. Al final,

me llevaréis en coche hasta allí.

Los tres parecieron meditar, pero Ralston meditaba con frenesí. El primer viaje saldría bien, al enterarse los hermanos Olivier de que había una mujer que correspondía a las señas de Mathilde Clery, en el segundo izquierda.

Pero si iban a buscarla, comprobarían que el emplear el timbre como pulsador del alfabeto Morse, no hacía aparecer a la que no estaba.

Si detenían a los Olivier, vendrían a aquella granja. Coparían la banda, viva o muerta, pero a él, convertido en cadáver efectivo.

Habló Mac Gregor:

—Sobra tiempo. Que vuelvan los hermanos Olivier, a ver si sacan a la Clery. Siempre quedará tiempo para ver cómo llevamos a este, sin que nos complique el viaje. Ya tendrían que estar de vuelta ellos... ¿Los has enviado a un cepo, detective listo?

—Sobra tiempo, Mac Gregor —replicó, amablemente, Ralston.

Un apellido que constaba en el fichero, donde era reclamado por desertión y robo...

Pero que nadie había pronunciado allí dentro. Lewis Mac Gregor pareció convertirse en estatua, plasmando la bestialidad iluminada por un rayo de repentina y cegadora luz...

Se oyó, fuera, la voz de Ginette Olivier... Fue a abrir Norman... Lewis Mac Gregor, cerrados los ojos, dejó escapar el aire retenido por unos instantes en sus pulmones.

Luke Ralston, ignorando el fallo que acababa de cometer, contemplo, burlón, a la que anunciaba, yendo hacia Mac Gregor:

—Desde anoche, está ella en la dirección que ha dado el detective. Dice el portero que solo la ha visitado esta mañana, un hombre cuya descripción es la de Luke Ralston.

Lewis Mac Gregor, en pie, asió por un hombro a Ginette:

—¿Cómo sabes que no os han seguido?

—Mi hermano sabe emplear el retrovisor, y no aparcó el coche en el callejón.

—Está bien. Vete con Ginette hasta el coche, y enséñale cómo se puntea a timbrazos el nombre de este... Explícale el asunto, Norman. ¡Venga, aprisita!

Lewis Mac Gregor empujó hacia fuera a ambos, y volviéndose con rapidez, disparó por tres veces consecutivas de arriba abajo, hacia la silla ocupada por Luke Ralston.

Pero el que ignoraba lo que había suscitado en Mac Gregor una repentina contracción de sorpresa, tenía en cambio experiencia en reconocer la diferencia existente entre la mirada del hombre receloso... y del que se dispone a matar.

Era muy distinta la mirada de un centinela dispuesto a no dejarse sorprender, y la del forajido preparándose a asesinar.

La silla se tambaleaba aún, cuando inició Mac Gregor su rápido medio giro. Y Ralston había ya coordinado cada movimiento de su zambullida lateral hacia el rubio Arnold, realizando, por fin, lo que constituía desde que se inició la discusión, su ansioso y más vehemente deseo.

La primera fase equivalía al elástico salto lateral del portero de fútbol, tratando de detener el balón lanzado a media altura, rozando un poste.

Pero el balón era un hombre armado, que perdió toda noción, porque una mano le bajó la muñeca, mientras la otra, abierta, daba de plano en su cara.

Chocó la nuca del hombre sentado, contra el tabique, y Ralston se restableció en vertical por una fracción de segundo, inclinándose tras la silla, empujándola...

Los tres balazos primeros de Mac Gregor tabletearon en la silla vacía y en el suelo; los dos siguientes se incrustaron por una fracción de segundo en el pecho y cara de Arnold, al quedar este descubierto, debido al veloz escorzo con el que pasó tras la silla Ralston.

Arrodillado, pugnó Ralston por arrancar de los dedos crispados del muerto, la automática que sostenía al extremo del brazo colgante, y el sexto disparo de Mac Gregor atravesó limpiamente la mano derecha de Ralston.

También obedecieron coordinadamente los reflejos musculares del atleta arrodillado, y el espasmo de dolor le hizo contraer el brazo, mientras la automática caía al suelo.

La sacudida inició en el cadáver una caída de costado... Luke Ralston, en esfuerzo que humedeció de frío sudor todo su rostro, asió con la mano atravesada, la correa espaldera del pistolero muerto, restableciendo así su parapeto.

Y logró con la zurda recoger la automática...

Lewis Mac Gregor que avanzaba en tromba, colocando un nuevo cargador repleto, retrocedió rápido hasta adherirse al tabique, de perfil, a un lado del protector bufete.

Alguien empujó desde fuera la puerta, y gritó Mac Gregor:

—¡Flanquea por la cocina, Norman! ¡Aprisa!

En la penumbra del umbral nadie apareció, y Ralston, apoyando la palma en el suelo, apuntó hacia la ventana.

Desde fuera, la voz de Norman anunció en sílaba rotunda:

—¡Voy!

Y no era un novato, puesto que se le oyó deslizarse agachado, no mostrando la parte superior del cuerpo al cruzar delante de la ventana.

La diestra de Ralston, agarrotada en torno a la correa espaldera de Arnold Travers, quemaba gorgoteando por el redondo orificio que

atravesaba la palma y que había roto huesos...

Completamente invisible a un lado del mueble que parecía querer empujar con el hombro derecho, Mac Gregor especificó con saña:

—Quisiste coparnos, y vas a ser copado, detective. Un trabajo hábil el tuyo, hacerte el palomino... Debieron darte las fichas nuestras, y estabas en combinación con periodistas... A ver ahora qué truco te inventas, cuando por la cocina te acribille Norman.

Escalofríos helados recorrían la espina dorsal del que, enturbiada la razón por el agudo dolor de su rota mano, comprendió que presentaba un perfil de fácil diana al que estaría ya entrando en la cocina, cuya puerta entornada distaba unos tres metros. Y si pretendía cubrirse con la silla y el muerto, quedaba a tiro de Mac Gregor.

Su hombro derecho anquilosado por reflejo paralizante, se oponía a realizar el esfuerzo salvador, que consistía en levantar a Arnold Travers, y con aquel escudo inerte avanzar hacia Mac Gregor...

—Vete contando los segundos, detective. ¿Oyes los pasos? Fíjate en la puerta, imbécil... pero el plomo te quemará desde el ventanillo... ¿Cuál era la trampa? ¿Llevarnos a todos al callejón?

En la cocina resonaron, aplomados, unos pasos...

Luke Ralston, lanzado un aullido de intenso martirio físico, se puso en pie, a la vez que su diestra aupaba por la correa pistolera a Arnold Travers.

Embistió en finta empujando el cadáver en dirección hacia la puerta, mientras en salto decisivo chocaba de pecho contra el otro lado del bufete, insertando el brazo derecho tras el estante superior.

Disparó entre el tabique y la masa del mueble que iba inclinándose, descubriendo a Mac Gregor, que acababa de clavar dos nuevos balazos en Arnold, y coincidiendo con la caída de este, se derrumbó con estrépito el bufete.

De perfil, Lewis Mac Gregor se irguió repentinamente, de nuevo sorprendido, pero esta vez definitivamente. Los disparos que con la zurda efectuaba Ralston, taladraron la sien, cuello y costado de Lewis Mac Gregor, que fue resbalando de lado, perdiendo la vertical.

En la polvareda de maderas astilladas, cristales rotos, y vajilla en añicos, trató Ralston de concentrar su visibilidad en la opuesta trayectoria.

Pero el tabique, donde se abría la puerta de la cocina lentamente, se convirtió en masa difuminada, contra la que tableteó, a ciegas, el resto del cargador, astillando el marco, perforando la puerta...

Un agudo espasmo recorrió todo su sistema nervioso desde la mano agujereada hasta las vértebras cervicales, y quedó reclinado contra la pared, sintiendo con última experiencia vital, que sus espaldas iban descendiendo, que sus piernas se convertían en fuelles deshinchados, y que un vértigo zumbador silbaba progresivamente precediendo a la muerte que le clavaría

con remaches de plomo surgiendo del repentino negror en que se había fundido todo el espacio que ya no veía...

CAPÍTULO X

A Luke siempre le habían dicho que en las cumbres nevadas, era vigorizante el revulsivo de pasarse trozos de hielo por el rostro, y darse masajes con puñados de nieve en el cogote, hacía desaparecer todo cansancio.

Batió los párpados, sintiéndose invadido de acumuladas energías y con un agradable sabor a menta y balsámico en el paladar.

Todo blanco en torno. ¿Cuándo había decidido aquella excursión al Himalaya?...

Una porción de blanco se movió, y el médico se fue identificando en su bata blanca, retirándose con la jeringa hipodérmica que acababa de inyectar el poderoso estimulante.

Luke Ralston trató de adivinar por qué le habían colocado un peso de cien kilos por lo menos en su mano derecha, que pudo ver también blanquísima, y en gesto romántico, apoyada en su corazón.

Era su mano derecha porque estaba al extremo del brazo diestro, pero abultaba como un ladrillo revestido de yeso.

Ladeó las piernas, dispuesto a abandonar aquella camilla de tres cuerpos que le sostenía formando tres ángulos: hacia atrás el busto, bien encajado de caderas, y un poco en alto las piernas.

Un sillón que el barbero había colocado adecuadamente para darle masaje tras el afeitado.

Y el cerebro volvió a carburar a todo gas, cuando Ralston, sentado, apoyó los tacones en el suelo del quirófano.

Harold B. Mattison, en pie ante él, apoyaba sobre su hombro izquierdo una mano amistosa.

—Estoy orgulloso de usted, Luke. Le vio en acción un veterano del servicio británico, y dice que por primera vez siente compasión de los japoneses que experimentaron la angustia de verse atacados por un energúmeno tan formidable... Le han drenado la mano, que no han podido escayolar, pero con un inyectable para anestesia local, cada diez horas, que se puede administrar a través de esta abertura en el armazón metálico que consolidará los huesos, aguantará usted, y antes de un mes, tendrá la mano válida. Lleva en el bolsillo la caja de instrumental para inyectarse usted mismo, cada diez horas o antes si el dolor es insufrible.

—Era... Oiga, jefe... ¿Qué guiso se cocinó allá?... —tartajeó Ralston, que comprobó que se sostenía ya en pie, sin sentir mareos.



...y si pretendía cubrirse con la silla y el muerto.

—«Ben Smith» vio bajar del coche gris a Ginette Olivier, que fue a hacer sus preguntas, y telefoneó al registro nuestro de matrículas. No era falsa la del coche sedán, que pertenecía a Jacques Olivier, cuyo domicilio era una granja del grupo de la colina de la carretera de Charenton. Y llegaron nuestros cuatro «Eben Smith», reduciendo al silencio a Jacques, después a su hermana cuando volvía al coche, y por último a Norman Boyd, cuando se disponía a entrar en la cocina. Dice el agente británico que en el comedor parecía como si una manada de búfalos montados por indios estrenando los primeros «Colts», estuvieran dando vueltas en redondo. Varias balas perforaron la puerta y, por fin, cuando un silencio total reinó, el «Eben Smith» que desde el interior de la cocina, vio por una rendija lo que usted hacía con Arnold Travers, el armario y Lewis Mac Gregor, fue a recogerle para trasladarle a esta clínica nuestra.

—¿Copada la banda, jefe?

—Ginette habló con rabiosa decisión. Su hermano y Arnold Travers la tenían aterrorizada, dice. Pero lo cierto es que ella era la que iba a buscar al escondite a sus antiguos clientes del cabaret. Ella iba a cobrar, y los otros mataban al que ya había entregado la cantidad con la que pensaba comprar el derecho a ser trasladado a sitio más seguro que el París actual. Los antecedentes de Mac Gregor, coinciden con los de Travers y Bobby. Fueron matones del sindicato portuario de Nueva York, y se enrolaron en los «marines» para mudar de aires, desertando en Normandía, tras asaltar un camión nuestro.

—¿Qué va a pasar con los hermanos Olivier?

—Un tribunal francés en juicio sumarísimo, los ejecutará, porque están convictos y confesos de complicidad en siete asesinatos repulsivos. En cuanto al único que dejó usted vivo, Norman Boyd, será fusilado... Ah, los jefes de la Resistencia francesa le van a dedicar un homenaje, porque su acción decisiva en el descubrimiento de la banda de «gangsters», que operaba desde la granja, contribuye al buen nombre de sus afiliados, a quienes se achacaban los siete asesinatos como represalias de mozos sin control. ¿Sigue creyéndose un caimán, Luke?

—La media tonelada que pesa este cacharro, me place. Dijo un rey francés que París bien valía una misa. Pues oiga, jefe, a cambio de que me vayan taladrando porciones no necesarias para vivir, es una gran compensación sentirse detective de pega, si no se salen con la suya cobardes que matan en cuadrilla a personas solas. ¡Caray, hasta echo discursos!... Será preparándome para el homenaje. Bien, ¿cuál es la nueva «operación caimán»?

—Reposar unos días y queda usted ya convertido en el detective privado Luke Ralston.

El altivo bostoniano, enlazaba por los hombros al que brazo en cabestrillo, se dejaba llevar hacia el ascensor particular, que comunicaba con el garaje.

Y en un coche cerrado, conducido por «Eben Smith» que había presenciado la causa del estrépito crepitante, Luke Ralston acompañado por Mattison, encontró muy placentero volver a ver el departamento de soltero de la calle Chahut.

Escuchó las instrucciones que le dio Mattison referentes a la dosificación del anestésico local que debía inyectarse por el orificio dejado en el almacén que consolidaba su mano rota.

—Y ahora, tras unos días de bien ganado reposo, le preparare otro caso por el estilo. Abunda la delincuencia en el confucionismo...

—Hablando de confucionismo, ¿cómo sigue la morenita Marion?

—Sin novedad, pero un día u otro, la habrá.

Tendido en el diván, pasados los efectos del revulsivo, masculló Ralston:

—Oiga, ¿y si vienen clientes particulares a consultar al detective, qué hago yo?

—Atiéndales. La gente es más confidencial con un detective privado, que con un agente secreto o un policía, oficial.

Una noche de modorra completa, con un despertar repentino, porque la mano reclamaba su dosis de anestesia.

El ancho cabestrillo era cómodo, y quedaba por completo resguardada la mano envuelta en vendaje recubriendo la armadura que apretaba el puño.

Volvió a amodorrarse, y no supo la hora que era, cuando un timbre zumbó insistente.

Resultaba laborioso vestirse con una sola mano, y tardó minutos en colocarse un batín sin lograr introducir en la manga derecha el antebrazo, cuyo codo tenía un articulado armazón de correas con plaquitas metálicas que lo mantenían doblado cuando sacaba el puño voluminoso del cabestrillo.

Abrió la puerta y el rostro rígido de vivaces ojos negros y melena gris leonina, movió los labios:

—Buenos días, amigo mío. ¿Puedo pasar?

—Adelante, capitán Dupuis; adelante...

—El partido que representa la consciente y justiciera Resistencia, le ha propuesto para la Legión de Honor, y le tributarán un homenaje, dentro de unos días, cuando esté usted por completo restablecido de su valiente acción, que ha puesto en claro la infame villanía de los hechos que eran imputados a jóvenes franceses. Sería para mí un honor, que me permitiera ayudarle a vestirse.

—No me vendrá mal, capitán —aseguré Ralston.

Nunca le habían complacido tanto los elogios, como ahora. Ya no era un soldado más entre ciento, sino un luchador privado.

Y otro luchador individual le manifestaba su admiración...

—Puedo con los trapos de la zona baja, pero lo que es con la camisa, no hay modo. No me enteré que me desnudó alguien, porque fui a cerrar la puerta, obedeciendo instrucciones y volví a la cama donde me eché como un fardo. La maldita mano esta me convierte en una marmota. Por suerte, aquellos inyectables anestesian localmente, o si no iba a pasarme un mes durmiendo. Tengo un hambre feroz. Le invito, capitán.

—Yo a usted, mí querido amigo. Me dejó Merval su coche y le llevaré a casa, de Yolanda.

—¿Sí? —preguntó receloso Ralston, que ayudado había logrado ya entrar en sus ropas, y abrochar el último botón de la cazadora, cuyo brazo derecho colgaba vacío.

Era un imposible aun para el propio Sherlock Holmes, tratar de deducir lo que pensaba Jean Dupuis, el hombre del rostro impávido, paralizado.

Mientras conducía, se extendió Dupuis en comentarios sobre la apremiante necesidad en que se veía Francia de organizar la paz, para que las aguas turbulentas de represalias y calumnias, volvieran a sus cauces, castigando las iniciativas particulares con mano severa, porque eran los tribunales militares y civiles, los que debían dilucidar la culpabilidad o inocencia de los aludidos en numerosas denuncias.

A la luz del mediodía, era hermosa la avenida de Tilleuls. Y casi resultaba simpática la matrona Louise, que abría la verja.

En el salón estudio, Jean Dupuis comentó:

—Yolanda padece con estoicismo una de sus habituales jaquecas. Aunque quizá esta vez con fundamento. A usted, un detective obligado a conservar el secreto de las personas que se confían su tutela investigadora o protectora, no cabe hacerle el menor reproche. Pero me dolió que Yolanda me conceptuara un salvaje... Yo he podido sufrir penalidades, más conservo la ecuanimidad suficiente para no hacer responsable de ellas, a desdichadas como Mathilde Clery.

Inconscientemente alzó Ralston la mirada hacia el techo... Y prosiguió con su habitual tono pausado y autoritario, Jean Dupuis:

—Ella le pidió escolta, y usted le consiguió un escondite aquí. Pero Yolanda se sobresaltaba excesivamente, cuando yo aparecía... y como usted, deslizaba miradas inquietas hacia el piso alto. Le reproché no habérmelo dicho a su debido tiempo.

—Es que... verá, capitán... usted padeció mucho por culpa de individuos como Rolf Ginkaus.

—Cierto, ciertísimo, y también tengo que reconocer que si Yolanda no hubiese suplicado a Mathilde Clery que intercediera, yo hubiera muerto en una celda de los sótanos de la Gestapo. La gran influencia de ella en Ginkaus, llegó hasta este extremo... Sin vanagloria, puedo jactarme que yo fui una pesadilla para la Gestapo. Pero Mathilde Clery sabía convertir en cordero al siniestro personaje que fue Ginkaus.

—¿Conoció usted personalmente a Ginkaus?

—Le vi repetidamente, en interrogatorios especiales. No era una bestia salvaje... Era peor. Era un caballero distinguido, un técnico policiaco, de los interrogatorios sin brutalidad física. Un especialista en el empleo de ciertas drogas, como por ejemplo, el pentotal. ¿No ha oído hablar de esta droga?

—No.

—Administrada a un individuo en dosis acorde a su física condición, le convertía en dócil hablador, que contestaba con toda franqueza preguntas efectuadas con persuasión amable. Pero volvamos al caso que me ocupa,

amigo mío. Yolanda tiene ribetes de acentuado histerismo, y desde que de todo corazón ha ofrecido hospitalidad a su amiga, mi antigua esposa, ya de por sí propensa a nerviosismos, puede enfermar gravemente. Cada vez que llaman, sea el cartero, el tendero o un amigo, Yolanda se retuerce en sudores de angustia...

—Comprendo. Pero existe una realidad y es que Mathilde Clery no puede abandonar París, por orden de las autoridades militares y tampoco puede estar segura en otro sitio.

—Le ofrezco mi incondicional ayuda, y podemos encontrar un domicilio para su protegida y evitar que Yolanda sufra trastornos mentales, si se prolonga esta situación.

—¿Ha hablado usted con Mathilde Clery?

—No ha llegado hasta este extremo mi ecuanimidad, pero mi amistoso afecto hacia Yolanda, me obliga a ser egoísta pensando en evitarle que pague con su salud ya quebrantada, una deuda que contrajo por salvarme a mí. En la región del Delfinado, heredé de mis padres una finca difícil de vender porque es excesivamente aislada. No tendría inconveniente en que usted trasladara allí a la señorita en cuestión y su doncella, en espera, de que la normalidad impere. Personalmente, considero excesivo someter mi lado malo, a la tentación que supondría compartir el coche en que condujese al Delfinado a la que fue la amante de Rolf Ginkaus.

—Su nobleza es emocionante, capitán. Hablaré con ella y creo que aceptará sin la menor discusión.

—¿Y las autoridades militares?

—No se opondrán si usted mismo les declara que concedió asilo en su propiedad, a esta desdichada. Nunca he comprendido por qué no huyó con Ginkaus, en vez de entregarse...

—Puede preguntárselo a ella misma, amigo mío. Bien, ya conoce usted el camino.

Al ponerse en pie Ralston, se mordió los labios, y tocando con la zurda su armazón en cabestrillo, dijo:

—Ya empiezo a ver las estrellas. ¿Puedo llamar a la matrona, para que ponga a hervir este estuchito?

Sacó de su bolsillo interior la caja metálica de dos departamentos estancos, en uno de los cuales estaban las ampollas de anestésico, y en el otro la aguja, jeringa y pinzas.

—Louise atiende a su dueña. Pero déjeme... Yo mismo emplearé el hornillo eléctrico de que dispone en su alcoba Yolanda. Un minuto, y regreso.

Luke Ralston, sentándose de nuevo, se pasó la zurda por el rostro. Ya le habían advertido que al no poder enyesarse la mano, porque tenía que cicatrizar antes la herida, los dolores serían a instantes agudísimos.

Para atenuarlos, evocó la imagen llenita y tentadora de Marion Farlain, a la que iba a ver pronto. Un viaje hasta el Delfinado, en compañía de Marion, era una perspectiva deliciosa.

Una muchacha sensata, acostumbrada a contentarse con poco, servicial, honesta... El tipo ideal de esposa sedante.

Regresó Dupuis, colocando en la mesita el pequeño recipiente donde aun bullía el agua, y limpió con alcohol la lima para descabezar la ampolla que sostenía en su mano comentando:

—La guerra tiene sus ventajas, amigo mío. Me he permitido hacer uso de un calmante que emplea Yolanda, y que despeja el más fuerte de los dolores de cabeza. Lo he probado personalmente, y se lo recomiendo... Sí quiere estar en condiciones de disfrutar del viaje, en el coche que conducirá mi amigo Raul...

—Gracias, doctor —rio Ralston, mientras la mano de Dupuis le alzaba la manga izquierda.

No sintió siquiera el pinchazo dado hábilmente, ni la penetración del líquido. Necesitaba un «despeje», para poder hablar con claridad a la doncella, de cosas muy ajenas a los tenebrosos manejos del servicio secreto.

—Aquí, doctor —dijo, indicando la abertura del armazón destinada a dejar paso al inyectable anestésico.

Era curioso, pero la primera inyección estaba causando un efecto formidable. Se sentía ingrátido, sin peso, como si sus ochenta kilos adquirieran la vaporosidad de una danzarina de ballet...

Y a la vez, como si una esponja absorbiera entre sus sienes toda la materia gris, dejando un hueco total, donde el dolor no podía ejercer su opresión.

Notaba una mano en su codo izquierdo, y caminó hasta que fue pisando peldaños ahombrados, un rellano, un corredor, varias puertas, y por fin una habitación simpática.

Simpatiquísima, porque Marion Farlain le sonreía con su peculiar aleteo de pestañas, pícaro y prometedor...

Quiso hablar, pero no hallaba palabras. Era preciso que alguien le ayudase, que una voz pulsara al resorte de sus declaraciones.

Oyó muy cerca, casi junto a su rostro, una voz pausada, imperiosa, persuasiva:

—Entre compañeros, la sinceridad es la mejor prueba, Luke. ¿Por qué llamó doctor a su amigo Jean Dupuis?

—Vaya preguntita... Dupuis maneja como un matasanos curtido, el material.

—¿Reconoce a la mujer que tiene enfrente?

—¡Sopla! Es mi dulce tormento, mi flechazo, desde que la vi. Claro,

que no me di cuenta hasta el momento en que pensé que mi muerte era infalible y prosaica, porque me iban a dejar como un colador junto a la cocina de la condenada granja; entonces, mi último pensamiento fue para Marion, mi lozana muñeca, y en ella volví a pensar apenas recuperé vida. Es preciosa, todo un cromo, y no sé por qué rechazó mi invitación a dar un paseíto cuando tuviera horas libres. Yo soy Luke Ralston, eso es, un tipo vulgar, pero de la pasta que se fabrican los maridos ideales.

Obedeció a las presiones que notaba en su hombro izquierdo, y esperó más preguntas... Seguía ingrátido, totalmente hueco...

Jean Dupuis señaló a Marion Farlain la gruesa cortina de terciopelo, y ella, sonriendo al que parecía alelado en embeleso, se alejó grácil, en su airoso andar...

Luke Ralston quiso emitir un silbido de viril entusiasmo, pero un brazo amigo le estaba enlazando cuello y hombros. La voz persuasiva era la que dominaba por completo en sus sentidos auditivos.

—¿Reconoce a la mujer que tiene enfrente, Luke?

Donde poco antes apoyaba una mano Marion Farlain, se hallaba ahora negligentemente respaldada, Mathilde Clery, fina silueta enfundada en ceñido vestido de lanilla azul.

Ya no llevaba el oro pálido del cabello recogido en rodete, sino que se abría suelto en melena lacia, ondulada en su extremo.

—Hola, hola, Mathilde, la desdichada orgullosa.

—¿Cómo se supo que ella se alojaba en el «Regence»?

—Pues...

Algo advirtió inconscientemente a Luke Ralston lanzando una señal de alarma a sus fibras sensoriales. Cerró los párpados...

A su lado, enlazándole cuello y hombros con su brazo derecho, Jean Dupuis presentaba la máscara trágica del rostro distante unos centímetros del semblante del interrogado bajo los efectos de la droga pentotal.

Un semblante que iba abrigándose por la pátina de un sudor frío, muestra, exterior del combate entre el ser normal, atlético y enérgico, y el pelele sometido a la científica influencia de la droga que aniquilaba el libre raciocinio.

—Está usted con su mejor amigo, Luke. Y me oye perfectamente, que le pregunto cómo fue posible que se supiera que Mathilde se alojase en el «Regence».

Luke Ralston movía los labios y sus palabras salían, laboriosamente vocalizadas:

—La antipática damisela que creyó burlar a los lincees del Servicio Secreto, jurando que Rolf Ginkaus se había pegado un tiro, resulta una pieza principal de la «Operación Caimán».

—Un sugestivo título para archivos secretos, Luke, Ingenioso...

¿Entonces, usted mismo informaba al Servicio Secreto?

—Ya le dije a mí jefe, que no me gustaba este negocio, porque no sirvo para caimán, pero él razonó que se trataba también de organizar una campaña de prensa, para atraer a los «gangsters» que trancaban con el miedo a las represalias. Me metí en el lío, y palabra que me quedé muy aliviado, cuando encargaron a otra persona... a otra persona...

El rostro bañado en sudor, se crispó en mueca rebelde. A su otro lado, tenía Ralston sin percibirlo el contacto de Mathilde Clery, escuchando ávidamente las palabras que brotaban impulsadas por la droga y el persuasivo interrogatorio del hombre de la máscara trágicamente heroica.

Palabras solo audibles por ellos dos...

—Comprendido, amigo Luke... Nadie vigila esta casa, porque dentro hay quién vigila, y comunicaría al Servicio Secreto... ¿Qué les comunicaría?

—Dónde, cómo, cuándo, entrarían de nuevo en relación Mathilde y el oculto Ginkaus.

—¿Es Yolanda la que lo tiene que comunicar?

—¿Yolanda? No...

—¿Louise?

—No.

El interrogador aproximó más su rostro, al susurrar:

—¿Marion?

—Marion, sí, mi deliciosa muñeca sensata, qué no culpa a los resistentes del fusilamiento de Roger Breteil, sino a la Gestapo que envenenó con dinero al mozo. Y naturalmente, Marion siente mucho rencor hacia la gente de la Gestapo, o tuvo amistad con ella. Revienta uno de calor aquí dentro...

La diestra del interrogador, crispada en torno al hombro de Ralston, lo condujo hacia el sofá, obligándole a sentarse.

Los vivaces ojos negros miraron hacia la distante cortina, pero a su lado, en voz baja dijo Mathilde Clery:

—Al entrar cerré la puerta, y por lo tanto nada ha podido ver ni oír, esta mujercuela traidora en quien confiaba yo. ¡Solo puedo confiar en ti, Rolf!

La diestra varonil se alzó imperiosa:

—Vete a decirle a Marion que, dentro de unas horas, emprenderéis viaje hacia el chalet playero de Yolanda, en la Cote d'Or, donde ella se repondrá de su cansancio, y tú hallarás también el conveniente reposo, estando más segura que aquí en París. Déjala que por unos instantes Sé crea libre de la vigilancia de Louise, para que pueda comunicar telefónicamente que Yolanda, su ama de llaves, tú y Marion, iréis en el coche de Merval, escoltadas por este, que conducirá, y le ofrece su casa en un rincón tranquilo de la región más oportuno para hacer desaparecer toda huella de

Mathilde Clery.

CAPÍTULO XI

Iban disipándose en el cerebro de Ralston los efectos de la droga que había actuado con celeridad, por tratarse de un sujeto psicológicamente apto, en su habitual naturaleza propensa a decir las verdades.

Y su brusco despertar al cabo de más de media hora, le agobió, porque era una vergüenza tener que admitir que se había desvanecido en forma impropia de un baqueteado elemento de choque.

Vio a poca distancia, sentada en el diván del salón, a Mathilde Clery, la del rostro delicado, donde mentían los ojos azules, calculadores, y era sonrisa perversa la de los carnosos labios, fingiendo candor en mohín mimoso.

—¿Se encuentra ya mejor, Ralston?

—Magnífico. Igualito que si me hubiera caído la Torre Eiffel en el pescuezo.

—Subió usted aquí, saludó a Marion, se sentó, y perdió el conocimiento. Debe dolerle mucho la mano.

—La mano ni la siento. Pero no estoy en forma, porque llevo unos días muy movidos. Bien, usted sabrá perdonar y déjeme atar cabos. Eso es, ya voy saliendo a flote. Antes de venir aquí a ponerme lánguido como un lirio mustio, estuve hablando con el capitán Dupuis. Lo sabe ya. Ya sabe que usted quería camuflarse aquí. No se inquiete, porque es todo un caballero y le ofrece su casa en un rincón tranquilo de la región del Delfinado. Vaya... Veo que no se inquieta... Pone boquita desdenosa, pero nada de asustada.

—El capitán habló ya con Yolanda, y esta considera que le sentará mejor ir conmigo a su casa de la Costa de Oro. Ella necesita un reposo y allí estaré más segura que en París. Marion ha aceptado venir conmigo, limitándose a telefonar a sus padres, para tranquilizarlos y decirles que iríamos esta tarde o mañana, al chalet playero que posee Yolanda en la Costa de Oro. Y así, el capitán Dupuis no sufrirá patriótica sensibilidad, pensando que su ex esposa alberga a una traidora, a una francesa que amó a un alemán.

—Oiga, muchacha... Usted a ratos me es profundamente antipática. Si usted hubiera amado a un robusto alemán, soldado como los demás, sería natural y nadie lo recriminaría. Pero es que usted fue a tocar el arpa en compañía, de un verdugo de la Gestapo. Hay un gran matiz diferencial, mi muy altiva, y poquísimos querida señora, entre los elementos respetables de cualquier ejército enemigo, y estos malos bichos del tipo de su queridín verdugo de la Gestapo. Ande, le toca el turno de usar la palabra.

Desfóguese y desembuche.

Un inmenso desdén se condensó en el semblante femenino, cuando Mathilde replicó:

—No le concedo clase suficiente para entender de diferencias y matices, porque usted es un bebedor de «Coca-Cola», vulgar y sin pizca de sensibilidad. Pero no deseo discutir... Esta tarde en el coche de siete plazas de Raul Merval, que él conducirá, nos trasladaremos a la Cote d'Or, Yolanda, su ama de llaves, yo y Marion. Puede que usted no quiera darnos escolta, por si en la carretera surgieran imbéciles, aunque la personalidad de patriota de Merval, nos garantizaría.

—¿Por qué no voy a acompañarlas? Soy un hombre libre, en convalecencia. Lo que pasa es que no podré alternar en el volante.

—El viaje es de unas horas, y se basta Raul Merval. ¿Le vuelve el malestar? ¿No se encuentra bien?

—Me encuentro hecho papilla. Me zumban los oídos, veo gusanitos de luz, y me corren procesiones de hormigas rollizas por toda la espina dorsal. Creo que necesito dormir un par de años. Voy en busca del capitán Dupuis, que me proporcionará algo que me despeje esta nebulosa.

—Perdió usted sangre y sostuvo una lucha agotadora con los «gangsters» de la granja. Tal vez lo que sienta sea simplemente apetito vulgarísimo.

—Cabal, señora marquesa de la Pompadour.

Tambaleándose, prefirió Ralston salir mientras estuviera en condiciones de no desmayarse como una frágil damisela.

En su atlética constitución, se mezclaban las distintas reacciones de los inyectables y su cerebro poco imaginativo, experimentaba la confusión causada por el pentotal, tras su íntimo combate inconsciente por no descubrir a Marion Farlain.

Tuvo la sensación de que bajaba las escaleras con la misma torpeza de un oso borracho, y que pisaba la alfombra del salón estudio creyéndose flotando en traspies sobre un enorme colchón de pluma suave que se hundía y abullonaba.

Oyó lejana, la voz imperiosa, pausada:

—Una inyección le dejará como nuevo, Luke Ralston.

Luke Ralston asintió, pero la cabezada le resultó un esfuerzo hercúleo, y de frente se desplomó sobre el respaldo de un sillón.

No percibió el pinchazo de la inyección, y para él siguieron unas horas vacías.

Un lapso en el que estuvo sumido en profundo letargo, sin darse cuenta de nada, cuando dos hombres, «Raul Merval» y «Jean Dupuis» le arrastraban hacia la bodega de la casa de Yolanda Dartez...

Parpadeando, la primera sensación de vuelta a las percepciones fue la de estar envuelto en húmeda túnica fresca.

Olía a moho, a setas, a lugar húmedo y cerrado. Después vio luz eléctrica desparramada sobre una mesa sin pintar, ante el sillón que ocupaba.

Un sillón pesado, de estilo antiguo, respaldo erecto, maciza textura, que poseía unos aditamentos provisionales añadidos modernamente.

Unos anchos brazaes de cuero aprisionaban sus muñecas de plano sobre la madera del sillón.

Y otras correas apretaban sus tobillos contra las patas delanteras del recio sillón medieval.

Frente a él, a la distancia de metro y medio de la mesa tosca que les separaba, vio a Marion Farlain, sentada en la misma posición. Las franjas de cuero sujetas con elásticos cierres de muelles tensores, apretaban de plano las muñecas femeninas...

El redondo semblante de Marion mostraba una expresión aterrorizada que intentaba atenuar con sonrisa temblorosa, al sorprender la mirada interrogante y febril que le dirigía Ralston.

Después, ella miró hacia un lado del sótano.

Un hombre envarado, se sentaba en un escabel, distante unos cinco pasos de la cabecera. Tenía el rubio cabello adherido con fijador al cráneo, y en el afilado rostro huesudo se movían vivaces los negros ojos.

Tendió la mano apuntando con el índice a los brazos de los dos sillones, pausadamente. La voz resonó seca, imperiosa:

—Pertenecen a la colección de trofeos hallados en los sótanos de las casas parisinas, que ocupó la infernal Gestapo. Unas muñequeras al igual que las tobilleras, que se ajustan con infalible precisión, y de cuyo ajuste no se libera ni el más forzado. Ni usted, Ralston.

Luke Ralston, ladeada la cara, eyaculó:

—¿Quién mil demonios es usted? ¿Por qué tiene prisionera a esta chiquilla? ¿Qué diantres de trampa hay en esta caverna?

—Por favor, Ralston. Disponemos de tiempo suficiente, para poner orden en las preguntas que no tengo inconveniente en contestar, puesto que son ustedes dos las personas que el Servicio Secreto, destinó para sorprender el secreto de Mathilde Clery. Realmente es una ofensa para mí, o tal vez creyeron que dos estúpidos como usted y su amada Marion, podían engañar. Pero siempre ha sido mi debilidad el enseñar al que no sabe. Y ya que ustedes dos tenían que descubrir el paradero de Rolf Ginkaus, acechando constantemente los pasos de Mathilde Clery, justo es que yo les exponga mi método para burlar a aprendices. Es lógico que

ustedes sean mi único auditorio, mi único y último auditorio.

—¿Quién... quién demonios es usted, y por qué...? —farfulló Ralston.

—Pregunte ordenada y lógicamente, americano. Falta aún cerca de una hora para que estén ultimados los preparativos del último viaje que van a emprender.

—¿Quién es usted, maestro?

—La persona que ustedes dos buscaban, joven energúmeno. Y puedo perder mi precioso tiempo dándole lección, ya que todo contacto entre el espionaje y sus miembros, ha quedado anulado. Es para usted un honor poder oír de labios de Rolf Ginkaus, una enseñanza que lamentablemente no podrá serle provechosa.

Luke Ralston miró a los lados, como intentando reconocer dónde se hallaba...

—Se encuentra usted esperando que anochezca, para viajar en coche hacia la Ete d'Or. Es la bodega de la casa de Yolanda, y como su servicio está tranquilizado por la llamada de Marion, nadie vendrá aquí, porque acumularán espías por las carreteras en torno al chalet propiedad de Yolanda, en la Cote d'Or. Y si vinieran aquí, no hallarían este sótano con bastante tiempo para poder evitar el estallido... Un pequeño laboratorio químico, casero... Y yo recuperaría mi personalidad respetada. Pero ustedes dos volarían con estas piedras. ¿Por qué me examina con tanta atención?

—¡Usted... usted es el falso tipo Dupuis...!

—Celebro que mi conversación le contagie cierta capacidad deductiva. En efecto, gracias a mis estudios sobre la contextura humana, físicamente considerada, tuve tiempo de ir preparando tres magníficos «dobles», para cuando llegase el momento. Elegir modelos vivos, sin familia, con algún rasgo fácil de imitar, como la parálisis facial de Jean Dupuis, o el rostro bonachón del legítimo Raul Merval... Y al ser ya incontenible el avance del enemigo, Yolanda Dartez creyó, conseguir por mediación de su buena amiga Mathilde, que el debilitado y terco mutilado Jean Dupuis, pudiera huir de los sótanos de la Gestapo, como también huyó Raul Merval. Pero los legítimos estaban enterrados. Una máscara de plástico con rellenos y peluca gris, me transformó en Jean Dupuis, al igual que se transformó en Raul Merval, mi lugarteniente Franz Hellerman. No puede halagarme la atención temblorosa con la que me atiende, Marion Farlain, porque es usted una pequeña porción de mujer estúpida. ¿Desea preguntarme algo, Ralston?

—Yo soy una gran porción de hombre estúpido, y usted un genio monumental. Y ya que se quiere usted lucir, explique cómo fue posible que con su máscara y todo, no le juzgara falso ejemplar una mujer inteligente como Yolanda.

—La guerra cambia y transforma al hombre. Yo salía debilitado tras el cautiverio y la tortura, hosco. Cuando Yolanda me trasladó débil, casi

privado de habla, desde esta casa, a la zona parisina donde se reunían los resistentes, ya era yo «Jean Dupuis», el héroe. Había seleccionado bien el ejemplar de contextura adecuada. Mi talla, mis ojos... sin familia alguna, como Raul Merval... Yolanda aceptó un ama de llaves porque se presentó. Ella cambiaba constantemente de ama de llaves, porque sus nervios la hacían insoportable para regir. La nueva ama de llaves, la recomendé yo mismo. Louise, robusta, silenciosa, paciente, atendiendo constante y fiel a su dueña. Cuando esta experimentaba principios de sospecha, actuaba Louise. Masajes calmantes, tónicos, inyecciones que conturbaban más el cerebro de Yolanda, frases persuasivas, todo el tratamiento.

La mente de Ralston se concentraba en la búsqueda de un medio de librarse. Pero no lo había. Preguntó maquinalmente:

—¿Si la matrona Louise, es otra Gestapo camuflada, por qué no camufló a Mathilde, en vez de que ella fuera a entregarse?

—Progresas usted, americano. Pregunta inteligente. Yo llevé la batuta, y respondieron como un coro disciplinado de aplicados discípulos, sus jefes, Ralston. Resultaba imposible que Mathilde huyera conmigo, porque mis propios colegas de la Gestapo nos hubieran dado muerte. Y después, todo estaba controlado, pero quedaba a salvo Mathilde, porque encarcelada y a disposición de las autoridades militares a las que se presentó libremente, el código castrense no la podía inculpar de delito alguno. ¿Había sido la prometida de Rolf Ginkaus? El amor no reconoce fronteras. Pero precisamente por ello, había podido salvar a numerosas personas. ¿Qué pagaron su rescate? Pero quedaron vivas. Y mientras era interrogada, sabía también que nadie sospechaba el verdadero paradero de Rolf Ginkaus y su lugarteniente. Y era infalible, era matemático, que el Servicio Secreto daría libertad a Mathilde, para que fuera confiándose. Al hotel, después los periodistas descubriéndola, ella asustada, ella que recuerda a su amiga Yolanda, aunque existe el grave inconveniente de que Jean Dupuis... Pero Jean Dupuis es un caballero, que ignorará primero, pero si llega a descubrir a la intrusa, magnánimo... Ya ve qué sencillo, para una inteligencia como la mía. He circulado como Jean Dupuis, festejado, ídolo del famoso Raul Merval... Y después, la unión con Mathilde Clery, se hizo sin brusquedades, con la colaboración de mis discípulos del espionaje aliado. Y ahora el final. Borrar toda huella. ¿Le interesa saber cómo van a emprender ustedes dos el viaje definitivo?

—Adelante, profesor —resopló, sudoroso, Ralston. Doctoralmente, envarado en su escabel, Rolf Ginkaus denegó con la mano.

—Comprenderá, joven párvulo, que estas abrazaderas son garantizadas contra todo esfuerzo muscular. Imite la actitud desconsolada pero resignada de su adorada Marion, y continuaré: No se fijaría usted bien en Renée, la novia que buscó el famoso «Raul Merval». La talla, la contextura ósea, la

figura exacta de Mathilde. ¿Sigue mi exposición, americano?

—Sigo, profesor.

—En el siete plazas de Merval, mi lugarteniente Hellerman, llevará a Yolanda, a Louise, a Renée y a ustedes dos, naturalmente todos sometidos al agradable sopor adormilado de un suave narcótico. Un viraje mal tomado, y el coche se despeñará. Bidones de gasolina, y velará Hellerman para que todo se calcine. Hallarán las joyas conocidas de Mathilde, en los restos calcinados de Renée... ¿Por qué calcinar a Louise, de verdadero apellido Albricht? Porque es ya un auxiliar innecesario, que con sus restos dará mayor veracidad al accidente. Hellerman tiene el valor estoico para soportar unas heridas que él mismo se causará, quemaduras en manos y cuerpo... y después, tendrá el apoyo de los médicos que asistieron últimamente a Yolanda, francamente desquiciada del sistema nervioso. Testificará que Yolanda dio un empujón a «Raul Merval» el conductor... Horrible accidente. Muerta Mathilde con sus dos secretos espías... y renacerá en Suiza, tranquila, libre de responder a mí amor. Una doble vida la mía, excelente, emotiva, llevando a todo el género humano como peleles, marionetas...

—Vete al infierno, bestia —silabeó Ralston—. Lo que te pasa es que necesitas vivir dos pellejos, porque el tuyo de verdad te da asco. ¿Te crees dominador de la intriga? Caerás en tus propias marañas. Lárgate ya, bicho inmundo. Ya ves... Marion te mira con asco, porque su sano instinto de mujer, le advierte que eres un homúnculo, un engendro, un fanteche. Anda, inventa una tortura especial. Arráncame la lengua, por ejemplo.

—Un consejo aceptable, pero sucio. Tu final está ya organizado, y tan pronto anochezca, el coche saldrá con su carga...

—Un plan elaborado científicamente, especialista de pega, Frankenstein barato. Nada falla, ¿verdad? Tu cerebro es genial, ¿no, mequetrefillo? Pero no tienes tal hombría para cortarme la lengua. Ahora, me toca a mí darte la gran conferencia, verdugo eunuco.

Rolf Ginkaus en pie, introdujo la mano en el bolsillo de su ligero abrigo obscuro. Mostró en la palma un cortaplumas que llevaba grabada una cruz roja en escudo blanco.

—Los cuchillos suizos son muy prácticos. Y si lo deseas, podrías calcinarte sin necesidad de lengua...

Rolf Ginkaus hizo jugar una de las hojas de acero del grueso cortaplumas, hincando su extremo en la tosca mesa de pino.

Miró impasible al que escupió hacia él...

Marion Farlain cerrados los ojos, abatió la cabeza sobre el pecho temblando horrorizada, privada de habla...

—¿Por qué no has invitado a tu juguete femenino a presenciar esta exhibición de tu gran genio?

—Ella es sensible. Me espera impaciente para que la conduzca al refugio suizo, en donde vivirá renovadas lunas de miel...

—Lunas de hiel, verdugo anémico. Te gusta la complicación, creerte el Napoleón de la intriga, pero no tienes valor ni para cogerme la lengua y freírtela con salsa a la vinagreta.

—Me temo que la locura del pánico, ha invadido tu flojo seso.

—Mi seso será flojo, pero tengo lo que envidias. Aspecto de hombre. Y no de maniquí con sangre de pez venenoso, de sardinilla escuálida y maligna. Oye, ¿es tu ayudante el auxiliar que le da las lunitas melosas a tu sensible Mathilde?

Rolf Ginkaus avanzó duros como el pedernal los ojos. Tendía la zurda en zarpa engarfiada, mientras avanzaba el fulgente cuchillo.

Gritó agudamente Marion Farlain.

—En sillas como estas los hubo que trataron de exasperarme, y eran más inteligentes que tú, bruto energúmeno.

—Y esto es lo que te revienta. Verme el rostro de bruto, y oír que te pongo verde. Todo tu geniecillo de brujito diabólico, no te sirve para realizar lo que cualquier carnicero de mi pueblo, haría fácilmente. Mírala bien... mi lengua de ternero... desgraciado tipillo neutro, que ni eres hombre, ni eres mujer, ni eres nada de nada, ni siquiera verdugo carnicero, porque para serlo hace falta tener lo que no te dieron: coraje, hombría, glándulas humanas...

Luke Ralston abrió la boca mostrando en mueca burlona la lengua, alargándola. Ginkaus imitó el gesto del felino, adelantando la zurda con sádico impulso, y esgrimiendo el cuchillo...

Sintió la dentellada.

Y un bloque que le pareció de mármol que el suelo proyectara hacia arriba, como en volcán repentino, se hincó bajo su puntiaguda barbilla, levantándolo en vilo, rompiendo sus quijadas, apagando en brutal conmoción su cerebro tortuoso.

CAPÍTULO XII

En el coche cuyo parabrisas ostentaba el pabellón «M. R. P.», y la documentación de «Raul Merval», Franz Hellerman acabó de arreglar el embozo de manta que cubría las rodillas juntas de Yolanda Dartez, sentada entre Louise Albricht y Renée, en el asiento posterior.

La manta cubría también las ligaduras suaves que mantenían en equilibrio a las narcotizadas. Bajó los dos *strapontin*, y expuso:

—Aquí colocaremos al detective de perfil, reclinado contra la portezuela, que se le vean las espaldas. Delante, a mí lado, Marion. Puede usted ya avisar a Rolf Ginkaus, señora Clery. La acompañaré para recoger a los dos que faltan. ¿Lleva usted la caja de inyectables, señora Clery?

Ella caminaba ya hacia la puerta de comunicación del garaje con la vivienda. Retrocedió chillando...

Luke Ralston lívido el rostro, ardientes los ojos, colgante el brazo derecho, esgrimiendo una automática cogida al yacente Ginkaus, rio con febril sarcasmo...

Franz Hellerman dirigió la diestra al bolsillo... Le taladró el bíceps un balazo...

Aplastó la zurda sobre la culata asida... Otro balazo le perforó el bíceps izquierdo... Y saltando hacia delante, hizo chocar Ralston la culata de la humeante pistola, contra el entrecejo del alemán de la Gestapo.

Repitió el culatazo sobre la nuca, cuando se abatía Hellerman...

Y Ralston se abalanzó en persecución de Mathilde que corría por un pasillo. No tenía tiempo para galanterías, porque tenía mucha prisa; se sostenía en pie por imposición sobrehumana al dolor de su diestra, rota por segunda vez.

Ciñó con el brazo izquierdo el talle femenino, derribando a la que huía en busca de arma con la que terminar con aquella pesadilla; no parecía otra cosa la irrupción de un prisionero sujeto infaliblemente...

Detenida bruscamente en su carrera, cayó ella de bruces, chocando de cara y busto contra el suelo. Y medio inconsciente, chillando con grititos histéricos, se encontró transportada como un fardo sobre el hombro izquierdo del energúmeno que corría hacia uno de los tabiques...

Que tal vez sin querer, se ladeó bruscamente, mientras empuñaba el teléfono...

La cabeza femenina chocó contra la pared, y el cuerpo dejó de forcejear y los brazos arañar la espalda. Una laxitud total invadió a la mujer. Ralston la dejó resbalar al suelo, ya marcado el número especial de contacto con el

comandante Mattison.

—¡Rápido, con el comandante Mattison!

Sudaba angustiado, presintiendo que iba, a desmayarse, porque su mano derecha era una bola erizada de púas provistas de alto voltaje.

»—¡Mattison al habla!

—¡Copo completo de la banda de Ginkaus, jefe incluido en el lote! ¡Pronto, a cien por hora, y un médico que entienda de manos estropeadas! ¡Trataré de aguantar hasta el relevo! ¡Ah, oiga, que es en la casa de la avenida de los Tilos, Yolanda Dartez!

Colgó el auricular y corrió hacia un cortinaje, con el que formó una bolsa para encerrar el cuerpo de Mathilde Clery, a fin de llevarla mejor hacia el sótano, donde la dejó junto a Rolf Ginkaus, tendido, rota la parte inferior del afilado rostro, convertidas las mandíbulas en pulpa sanguinolenta.

—Coge este revólver, Marion, y si se mueve una alimaña, que lo dudo, sopla plomo. Así... Cogido por aquí, y el plomo saldrá por la punta esa, tan pronto aprietes sobre esto que parece un diente de ajo, y que es el gatillo. ¡Voy y vuelvo!

Mareada, Marion Farlain le vio regresar arrastrando por un tobillo el cuerpo de Franz Hellerman, que iba rebotando de nuca contra los peldaños.

Mathilde Clery logró incorporarse, pero con sensatez, Marion Farlain había ya apretado sus brazos tras la espalda con la cortina.

Resoplando, Ralston se dejó resbalar de espalda contra el sillón volcado, junto a cuyo brazal había un bulto blanco, rígido...

—Ventajas de los métodos directos, sin sutilezas inteligentes, damisela Clery. Tengo que mantenerme despejado, y antes le aguanté a tu muñeco una conferencia sobre el arte de la sutileza. Hablo yo ahora, para permanecer despierto. Todo estaba calculado a la milésima de gramo, desde antes de entrar en París los que «arrempujaban» a tus amiguetes, ¿verdad? Pero con todo su geniecillo le falló al verdugo ese, un pequeñísimo detalle. Esto.

Y con el mentón apuntó Ralston hacia la armazón blanca.

—El blindaje de varillas con vendaje estaban en torno a mí mano estropeada, y la correa aprisionó con sus muelles mi muñeca en el remate del armazón. Mientras tu Rolf iba haciéndose el mono sabio, yo iba pensando... ¿a que no sabes en qué? En la dilatabilidad de los cuerpos, en mi mano que estaba hinchada y tumefacta, cuando la primera cura. Dentro de dos días tenía que volver a pasar por el taller de reparaciones para que me apretasen más el blindaje de varillas y el vendaje... Me costó sudores ver si el puño se movía... ¡«Eppure si muove»! ¡Vaya si se movió! Si tu macaco en vez de conferenciar y avisar que iba a encenderse una hoguerita, me plantifica un trancazo con una estaca, asunto terminado. Pero como los

talentos cerebrales son complicados, venga complicar las cosas... ¡Y no hables, damisela Clery, o habrá estacazo! Yo soy un energúmeno, y tengo que estar despierto hasta que llegue el relevo. Total, que estaba yo pensando que de un tirón a base de coraje, podía sacar el puño, pero se trataba de que se acercase Rollito, porque yo no le podía tirar mi puño. Lo puse verde enseñándole la lengua, y picó el monicaco. ¿Cómo? ¿Un bruto sin seso como yo, no le rendía tributo de admiración y pánico? Y me traje el cuchillo y todo el talento ese. A domicilio. Cuando me colocó la puerca mano en la boca, le pegué un bocado, y el resto coser y cantar. Saqué el puño del armazón, que quedó bien sujeto por las correas, y le estampé el entablillado en su versión original en todas las muelas. Puse toda mi alma, palabra... El techo se inundó de estrellas y me entró una flojera tremenda. Pero cobré ánimos viendo a Marion... Volqué el armatoste este, alcancé el cuchillo y ni sé cómo, pero corta que corta, en pie, Luke, que eres un jabato, y como en las películas, damisela Clery. El chico bueno, salva a la chica buenísima y el verdugo, por ser un mequetrefe resabiado de esos que estallan de sesos, ahí lo tienes...

—¡Luke, muchacho! —gritó, desde fuera, alguien.

—Mi menda... ¡Corre a recibir al Estado Mayor, nena!

Y cuando entró Mattison, encontró a Luke Ralston sonriendo beatíficamente, desmayado, extendidas las piernas, como sentado escollo entre tres restos de naufragio...

* * *

Harold B. Mattison asistió a la tercera cura que el médico verificaba en la mano fracturada. Y que epilogó en el mismo comentario:

—Este joven atleta es un admirable energúmeno.

Marion asintió. En efecto, su Luke era un adorable energúmeno, una variante en el calificativo.

—Bien, pareja —anunció Mattison—. La gran noticia. Se ha recuperado el fortunón que acumularon Ginkaus y Hellerman, escondido en el pozo abierto por ellos dos, como «Merval» y «Dupuis», bajo el pavimento del sótano de la casa de Yolanda. Había una prima del cinco por ciento, ofrecida a los elementos civiles que contribuyeran a la captura de Ginkaus y su botín de sangre.

—¡Sopla! ¡Voy a tener esposa rica, caramba!

Abrazó Ralston a la francesita, manteniendo aparte el cabestrillo. Tosió Mattison...

—La recompensa es para los dos, ya que usted afirma que no quiere ya actuar en más operaciones «caimán»... ¡Oiga, jefe! ¡Digo, oiga, Luke! Compórtese menos brutalmente ¡caramba! con la pequeña... ¿Qué modo es

ese de besarla, energúmeno?

En un intervalo de respiro, musitó, ruborizada, Marión:

—Mi adorable energúmeno...

Harold B. Mattison abandonando la habitación, murmuró:

—¡Sopla!

FIN

KARL BATTES, EL ESPIA, HABIA SIDO MISTERIOSAMENTE ASESINADO EN UN HOTEL DE BERLIN...

Pero una cinta magnetofónica recogió el nombre y las palabras del asesino... ¡recogió incluso los últimos estertores de la victima!

¿Quién recuperaría aquella cinta? ¿Quién sería el encargado de volar hacia la capital de Alemania para oír el nombre del culpable?



EL NOVATO

más novato del Servicio Secreto yanqui fué encargado de ello. ¿Por qué? ¿Por qué estaba todo preparado para su fracaso?

EL NOVATO

voló hacia Berlín al encuentro de la muerte... y de una peligrosa mujer.

Silver Kane

el incomparable autor, ha logrado con

EL NOVATO

una de sus mejores personajes y una de sus mejores novelas.

Adquiera esta sensacional novela en el próximo número de la gran **COLECCION SERVICIO SECRETO**

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 392 - María del Pilar Molina
 ■ DE CORAZON A CORAZON
 ■ Núm. 393 - Corín Tellado
 ○ NO DEBO CASARME CONTIGO
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 232 - Carlos de Santander
 ■ ELLA ERES TU
 ■ Núm. 233 - Orlando García
 ○ SU GRAN ILUSION
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 71 - Isabel Irigaray
 ■ ¡CUIDADO CON ESTE HOMBRE!
 ■ Núm. 72 - Eva Fernán
 ○ DUELO EN TINIEBLAS
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

- Núm. 333 - Raf Segram
 ■ UN VAQUERO LEVANTISCO
 ■ Núm. 334 - Kent Wilson
 ○ EL CAZADOR DE HOMBRES
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 197 - Peter DeBry
 ■ OPERACION CAIMAN
 ■ Núm. 198 - Silver Kane
 ○ EL NOVATO
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.

■ Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 288 - María Carmen Rey
 ■ AMOR Y PERFIDIA
 ■ Núm. 289 - M. del Pilar Carré
 ○ TU CORAZON ME LLAMA
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 118 - Coralia
 ■ CORAZON ARISCO
 ■ Núm. 119 - Sergio Duval
 ○ ESCUELA DE BRIBONES
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 16
 ■ MARQUINA
 ■ Núm. 17
 ○ PEMÁN
 APARICION BIMENSUAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 31 - Keith Luger
 ■ EL IMPOSTOR
 ■ Núm. 32 - Donald Curtis
 ○ VIOLENCIA EN EL CIMARRON
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 12 - María Teresa Sesé
 ■ DESDE LA CUNA
 ■ Núm. 13 - César de Monterrey
 ○ CASI UNA MUJER
 APARICION SEMANAL. PRECIO: 5 PTAS.

○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$ 3.50

Notas

[←1]

«Garni». *Departamentos amueblados, modestos.*